



CUENTOS DE UN MATE COCIDO LLUVIOSO



ZOE GAUNA

CUENTOS DE UN MATE COCIDO LLUVIOSO

ZOE ABRIL GAUNA

Gauna Zoe

Gauna, Zoe Abril

Cuentos de un mate cocido lluvioso / Zoe Abril Gauna ; Editado por Lautaro Burket. - 1a ed mejorada. - Florencio Varela : Zoe Abril Gauna, 2024.

178 p. ; 21 x 14 cm.

ISBN 978-631-00-5634-0

1. Cuentos Fantásticos. 2. Literatura Fantástica. 3. Cuentos Policiales. I. Burket, Lautaro, ed. II. Título.

CDD A863.9283

© Zoe Abril Gauna

Edición: Gauna Zoe Abril.

Email: literaturaunajroble@gmail.com

Correcciones: Burket Lautaro.

Ilustración de portada: Gauna Zoe Abril.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Libro de edición argentina.

“Un anhelo de vagar desgarrar mi corazón cuando escucho el susurro de los árboles al atardecer. Si los escuchamos en silencio durante largo tiempo, el anhelo revela su médula, sin significado. No es tanto escapar de un sufrimiento, aunque así lo parezca. Es el recuerdo del hogar, por el recuerdo de la madre, por una nueva metáfora de la vida. Cada paso es un nacimiento que me lleva al hogar, cada paso una muerte, cada tumba una madre”

Hermann Hesse (1877-1962)

Dedico este libro a mi familia, a quienes ya no están, a mi querida madre que leyó cada una las historias primigenias que conformarían este libro. También a mis tíos de Córdoba y los del corazón, y a mi roble Rignus, cuyas ramas más altas susurran el mundo.

Vestigio de estar vivo

Su tibio ser sostuvo el relicario con una fotografía de una joven descolorida anhelando ser descubierta. Siempre ha sido así: los seres escondidos anhelan con todo su ser hallar la tierra donde alguna vez tuvieron un nombre. Con sus cabellos trenzados en triste muerte, han sido devueltos a la tumba donde crecerán para siempre lirios melancólicos.

Buenos Aires amarilla

Los eléboros amarillos se afianzaron en los conventillos; los enfermos eran arrojados desde la ventana del tercer piso, formando una hilera macabra. Ora el médico Juan Antonio Argerich envolvía a su paciente en mantas, ora otro le servía tres tazas de infusión de sauco, aunque a veces podría ser de borraja.

El jefe de policía Enrique O 'Gorman fue el primero en llegar a la escena, una fosa colectiva, muertos envueltos en trapos. El aire es pestilente, las calles porteñas desiertas, desvalijados los conventillos.

Colomba de dieciocho años, era atendida por el doctor, y desconocía que su cuñado ya tenía una hora de fallecido. Sus pies estaban bañados en harina de mostaza; deslizó sus dedos para sentirlos: estaba bañada en su sudor y recordó el oleaje del mar italiano, cuando el barco se fue alejando del puerto.

Recordó la tormenta inclemente sobre su cabeza, y al amanecer se levantó ante la mirada estupefacta del sacerdote y del médico. Pidió que le den un poco de agua, y tal como una paloma italiana, fue elevada a los aires.

Una anécdota extraña sucedió también durante la epidemia de fiebre amarilla en la provincia de Buenos Aires en 1847, cuando Colomba daba uno de sus paseos

matutinos, supo escuchar el murmullo viviente provenir entre un montón de cuerpos.

Colomba levantó los cabellos grises de un hombre. Entonces este abrió los ojos, se trataba de un borracho que había sido confundido por un cadáver por un recolector, y había estado cerca de ser enterrado.

La joven pensaba en como quitarse el hedor a muerto, camina en las orillas del riachuelo, se sienta y mira su ajeado vestido. Reflexiona sobre el profundo silencio tras las fechas del carnaval, y cuando se acerca a la estación de tren, nota que unos caballeros regalan pasajes gratuitos.

Fue una larga fila, el caballero preparaba con tranquilidad el boleto, y cuando es su turno y da un paso, el hombre le da el boleto a una mujer que estaba detrás suyo. Colomba frunce el ceño, y se adelanta para que no sucediera aquel mismo acontecimiento. Los mosquitos amedrentaban todo a su paso, y mientras los zancudos infligían la carne con espadas de muerte, Colomba esperaría eternamente un viaje que jamás obtendría, porque había perdido el boleto de la vida cuando el doctor Juan Antonio Argerich cerró sus párpados aquel 27 de enero de 1847.

La tetera de la amistad

*“Subiré cantando y tambaleándome al
Zappio donde comenzábamos a andar.
Alrededor será hermosamente amplio el
horizonte y será mi canción como un llanto.”*

*Kostas Karyotakis, “A un
antiguo compañero de estudios”*

Al finalizar su relato entreví en su mirada la espera de un consejo, de algo. Frenó su camino con la excusa de que había olvidado apagar la tetera de su casa, pero rápidamente me di cuenta que me engañaba: se había enojado conmigo por perderme en mis pensamientos.

Recordaba solo dos palabras de todo lo que me había dicho, y como noté que no paró al llegar a su casa y, es más, cruzó la calle para ir donde estaba la avenida, comencé a atar cabos.

—Silencio... mi amigo Silencio nunca pisaría una biblioteca; por algo su vocabulario es tan escaso, y un mal mentiroso también —dije sacándole mano.

—Por lo menos no hablo en voz alta, botón, ¿por qué me seguís? —impresionado, lo miré. La vergüenza me llegó al instante.

Él sí había ido a apagar una tetera, en realidad, era la tetera más gigante de la ciudad, y hervía con ebulliciones

volcánicas; de no haber sido atendida habría causado la devastación de toda la ciudad de Frescos Aires.

Me explicó que había sido el elegido para semejante labor, pero que aun así él quería mi ayuda.

—¿Entonces eso querías decirme? Perdón Silencio, es que no te había escuchado, con gusto lo haría...

—¿Cómo? Pensé que te habías acobardado, entonces... no me prestaste atención como siempre. —Dijo mi amigo con pesar.

—Pasa que si tengo que escuchar la sarta de peniques que me decís... aparte, prestá atención vos, que la tetera está por sonar...

El humo de la ciudad no paraba de silbar en nuestros oídos, cuando por entonces era tan fácil como apagar el fuego tan solo en compañía de dos amigos.

Retorno del dios muerto

(A Nietzsche)

El frío había calado hasta los huesos, pero al entrar él al hogar comenzó a imperar el calor, no solo del hogar que brillaba por los carboncillos, sino por la emoción del reencuentro.

La abuela Clematís nos había vaticinado que aquellas piedras negras alimentadoras del fuego eterno nos harían alguna vez ricos y felices. Me costó muchos años llegar a comprenderla, pero todavía recuerdo la emoción colectiva de mi familia cuando, con la respiración contenida, esperábamos la noticia que traería mi hermano mayor, Carletto, tras su larga travesía estudiando en el clero.

A mi madre se le resbalaban lágrimas por la emoción del reencuentro; Amarcela no podía creer lo que escuchaba, y yo, un flacucho de apenas seis años, discriminado por mi edad terminé enviado a comer a mi habitación. Pero tomé una decisión: escuchar. Lejos de calmar mi ansiedad, logré alimentarla aún más, y mis piernas se movieron hasta dejarme más cerca de enterarme de la noticia.

—Todo era mentira —empezó diciendo mi hermano. Sudaba a mares, y mi madre acercó su mano, pero él la alejó de sí.

—¿Qué sucede? Cuéntanos luego, ve primero a descansar.

—Llegarán ellos aquí, perdónenme tanto —soltó de una vez, nervioso. Le temblaban las manos.

Entonces se escucharon golpes siniestros.

—¡Por el cielo! —dijo su madre mientras se santiguaba.

Luego de aquellas palabras se armó un tumulto, y cometí la imprudencia de acercarme más para saber que sucedía.

Pude ver cómo una araña enorme con rostro de mujer (del porte de una estatua griega) arrancó el cuello de mi madre, y arrasó en minutos con todos. Pero no tocó a mi hermano, quién sería al día de los hechos, coronado por los habitantes del Dios que hoy veneran como el romano pontífice.

Hoy sería su ansiada noche de coronación, y no sabe que estoy aquí, esperando incinerar con el legado de mi abuela, todo su templo dedicado al demonio.

Transcurrieron unas veinte primaveras, y pude sobrevivir pese a la falta de mi brazo izquierdo y el ojo del mismo lugar, gracias a las enseñanzas del viejo Clemontés, un comerciante errante que me envió en búsqueda del Dios Muerto.

El Dios Muerto vivía de manera ermitaña, bajo una forma cambiante; recio a ser encontrado, no deseaba tener trato alguno con un mortal. Como sentí que lo mío no era rogar, me marché en cuanto se negó ayudarme.

¡Cuánta inmoralidad tuve que soportar!, poco hacía más que en su soledad, buscarme. Y yo, pobre desesperado, le compraba las bebidas que deseaba, esperando ser recompensado.

Pero un día, borracho, admitió que aquella vida sin túnica de humano ya no le complacía. Era difícil de encontrar porque se convertía en mariposa para volar con libertad o se volvía estatua para observar pasivamente los conflictos. Mi «impertinencia» había hecho que volvieran sus ansías de vengarse del dios que lo había reemplazado.

Le propuse ser mi compañero de viajes en uno sin retorno.

—¿A cambio de qué?, Ningún mortal es amable conmigo solo por nada, suéltalo—replicó burlón.

Contesté con soberbia:

— Haz lo que quieras, no tengo un interés oculto.

Pero me leyó, seguramente, con aquellos reptiles ojos que habían visto miles de años pasar, civilizaciones que lo adoraron, lo maldijeron, lo olvidaron. Pero solo rio, y continuó bebiendo.

Nos volvimos compañeros; así, sin decimos ninguna palabra. Pasaron dos primaveras.

Swietowit descubrió que mi hermano, quien hacía décadas pertenecía al clero religioso, amenazaba con llegar a obtener el estatus del monarca.

El pueblo contenía la respiración: era un temible adversario para el rey, amenazaba mucho más que otros reyes extranjeros, era un enemigo que estaba cerca y que tenía de aliada una Diosa Demoníaca.

Como Swietowit dormía, (así me dijo que podía llamarle), me puse las botas, y decidí hacer las compras más temprano.

En el camino, cerca de la vieja iglesia, tenía otra vez frente a mí una bestial araña; aquel bizarro demonio con el nombre de «diosa», cubierta de ojos que de inmediato me observaron helándome sangre.

Desconozco cuánto tiempo me quedé paralizado en aquel sitio; escuché risas maliciosas y sentí mis venas estallar. Mi corazón parecía sujetado por una mano invisible. Mientras escuchaba las risas demoníacas, en mi pensamiento llamé a Swietowit.

En mi mente vi entonces una imagen que jamás había visto: piedras grises adornaban la verde hierba, (aquello era un tótem antiguo, con tres rostros, aroma a hierba cortada y algo más: mirra) En mi frente sentí una mano fría, abrí los ojos y noté la presencia de Swietowit.

Miré a mi alrededor y ya no había nadie más que yo y el Dios en el vacío de la basílica.

Lo observé detenidamente por unos minutos. Era enormemente alto, aunque estuviera sentado. Generaba al ser observado una impresión profunda; era un hombre con mirada de lagarto. Recuerdo cómo su actitud felina (tendencia a la propia independencia, su «mezquindad» con lo que consideraba suyo, y su gran conocimiento de la caza) hicieron que ya no lo considerase como un vil lagarto sino como un sofisticado leopardo.

A veces tomaba la apariencia de un hombre de mediana edad semejante a una deidad romana: piel oscura, cabello corto y dorado, el cual cambiaba de rostro con la misma regularidad de la estación de muda de las serpientes.

Con gozo, recibí de él una carne de jabalí asada que había cazado; me interrogó por el motivo de mi ausencia. También me preguntó por qué temblaba de miedo en la esquina de la basílica.

Le hablé al fin de mi pasado, de la masacre de mi familia perpetrada por la diosa maldita; también mencioné que la mente maestra tras el atentado era la de mi hermano mayor, Carletto, próximo Charles VI.

—¿No deseas que te ayude? —Pregunté entonces.

—Debo admitir que, si bien me vendría bien una mano, creo ya estar listo para enfrentarme a él.

—No lo estás, sería un suicidio.

—Te dije que no necesitaba ayuda.

—Eso fue hace cien años, Rignus.

—¿Cien años? Un humano no vive tanto, Dios borracho, fue hace dos primaveras... —respondí, burlón. Entonces reímos y me animó tras aquella situación que me hizo ser testigo de mi cobardía, tras tantos años de no haberla vuelto a ver a aquel demonio que me dejó tuerto y manco.

—Estoy comenzando a pensar en acabarlo, pero si se encuentra ese demonio, solo podré acabarlos actuando...

—En las guerras nunca hay un solo enemigo, también está el enemigo invisible. Incluso, si veo dentro de mí encontraré fragmentos de crueldad, de odio. La naturaleza del hombre es siniestra. Te he acompañado, y no he visto que temblara tu voluntad. ¿Ahora te arrepientes, Rignus? Nuestro viaje acabará algún día; para mí, tus pasos son como las huellas marcadas en la arena: las olas y el viento las borrarán. Deja tu impronta en la destrucción o en la creación o, mejor dicho, haz lo que quieras.

Unas estrellas de aire danzaron por mi mano; se levantó un vendaval, se oyó el murmullo lejano de las vacas pastando y reanudamos nuestro camino volviendo a la normalidad, atravesando con un paso fausto los mismos árboles de copas amarillas que me recordaron aquella vez que nos conocimos. Era el final. Tomé con mis manos mi única herencia familiar: el bolsón de piedras negras con los ojos de los dioses olvidados, divinidades que alguna vez fueron culto de civilizaciones extintas, el cual tiene además propiedades caóticas que provocan explosiones con consecuencias peores a la pólvora.

Esperé pacientemente encontrar la mirada mi hermano disfrazado como uno de sus criados encargados de servir su copa de vino. Tras notar él mi presencia, vi intacto el brillo de miedo en su mirada que tanto yo recordaba.

—Vine por ti, hermano; puedo verte ahora coronado como un representante de un dios falso, consumir tu gloria te costó tu familia, voy a llevarte conmigo.

Las piedras desintegran todo, incluso a la diosa.

Pude ver el camino arboleadado y luminoso, el viento salado del mar cuando volvía de la escuela de la mano de mi hermana mayor. Breves recuerdos como imágenes pasaron por mi mente.

Después de todo, ¿qué espíritu se quedaría junto a su viejo cuerpo y notas como tus ojos se te desprenden por la entrada de insectos, mientras se siente el hedor de la putrefacción? Solo yo, un alma en espera, acompañado del único ser que me comprendió y que me comprenderá hasta el final de los tiempos, esperando tu retorno.

La apuesta con la muerte y el «senet» egipcio

Era la segunda partida en la que María de las Estrellas salía victoriosa ante la Muerte.

—Volveremos a vernos entonces en otros treinta años, dos meses, y 03:03 de la mañana—, dijo siniestramente la Muerte.

La joven colombiana había muerto en su adolescencia cuando viajaba en colectivo durante los años setenta. Cuando la Muerte se le presentó para llevársela, ella se indignó y a los gritos la retó a un juego: quien obtuviera la única manzana roja, ganaría. A la Muerte se le avivaron los ojos por aquel entretenimiento, aceptó, y como no quería utilizar sus dones porque sabía que la joven no tendría oportunidad, se arremangó sus atavíos y comenzó a trepar.

María de las Estrellas, mientras tanto buscó uno de los restos del coche roto y lo lanzó hacia la manzana. El fruto, al caer fue recogido por la joven, quien lo alzó

victoriosa. La Muerte se sintió avergonzada por no haber comprendido que nunca había dicho que había que trepar el árbol, y le indicó que en treinta años volvería para llevársela consigo.

Así, dos partidas habían sido ganadas exitosamente, pero María de las Estrellas comprendió que en la segunda victoria no había tenido el sabor que esperaba, o que había sentido la primera vez al escapar de las garras de la Muerte.

Para sus ochenta años, ya no vivía con la misma ilusión y esperanza de antes: había vivido los tiempos de dictadura, y la desaparición de sus amigos la había endurecido. También la crisis del 2001 cuando el banco donde estaban la mayor parte de sus ahorros jamás le devolvió un centavo. Dos de sus hijos habían muerto jóvenes, uno de manera más trágica que el segundo.

Vivía, además, atosigada por el dolor de un cáncer que despertaba cada cierto tiempo, así como martirizada por la indiferencia de sus seres queridos, quienes esperaban su muerte para heredar sus bienes.

Una noche de tempestad, María de las Estrellas decidió tomar un paseo. Le fascinaba como poeta realizar paseos nocturnos, sobre todo presenciar el inicio de una eminente tormenta, cuando las ramas se agitan con el viento con violencia y el cielo es arrebolado como la sangre.

Cuando estaba de camino al puente debajo del riachuelo, notó un cuerpo flotando; al principio no le dio importancia, pero al ver una mano sobresalir del agua oscura, soltó un chillido de terror. Caminando sobre las aguas, se acercó, laboriosa, la Muerte.

—¡Alto! Disculpe que la moleste en su trabajo Muerte... ¿podría llevarme a mí también?

La Muerte la fulminó con su mirada y continuó su trabajo; ese desdén le recordó a María de las Estrellas la actitud de un profesional extremadamente orgulloso por su trabajo, y le trajo el recuerdo de un docente que tuvo durante sus años universitarios.

—No te entiendo María de las Estrellas Teresa Ruth Angélica Guzmán.

La mujer se irguió.

—Sabe mi nombre completo... quiero descansar, eso es todo, pero... ¿Podríamos jugar por última vez? Vos decidís esta vez el juego...

—Hmm, elijo entonces jugar al «Senet»

Un sirviente de la Muerte trajo un tablero azul índigo. Para ganar tiempo, María de las Estrellas le preguntó a la Muerte cómo jugar, y qué era.

—Es un juego que jugábamos nosotras, las divinidades, contra los mortales, en el Antiguo Egipto. El objetivo es sacar las fichas del tablero antes que tu rival.

María de las Estrellas comprendió rápidamente el juego, pero en mitad de él le dijo a la Muerte que, si ella ganaba la partida, quería ir al mejor paraíso y que, de tratarse de varios cielos, quería ser una viajera.

La Muerte rió secamente:

—Pero si yo gano, trabajarás para mí. Tendrás vacaciones en el Paraíso una semana por año.

María de las Estrellas suspiró y se estiró. «Con que he perdido, qué pena» dijo y extendió su mano a la Muerte. Esta es la historia de una trabajadora explotada que reúne almas los 358 días del año, y se alegra enormemente, tal como vivía en vida, cuando tiene una semana de vacaciones en el Paraíso.

El desaparecido

La estancia de los Di Malva era exquisita, con enormes tierras repletas de ganado y verde prado y jardines imitando a los *horti* romanos, con cipreses y laureles. Pero pese a su atractiva apariencia, era un terreno plagado de malas hierbas.

Aurelia no podía recordar de manera concreta los hechos que acaecieron una década antes, en la víspera de año nuevo, cuando su hermano desapareció.

La familia Di Malva mantuvo siempre la esperanza de que algún día Ciel, de por entonces doce años, volvería. Especialmente ella se aferró a las esperanzas y rezos, pese a que todos continuaban su ritmo como si nada hubiese sucedido.

Si bien respetados por su poder, los Di Malva no eran queridos en el pueblo; no solo pecaban de soberbios y frívolos, a juicio del mayordomo con más años a cargo de la casa, un distinguido anciano de apellido Macbride:

«Nunca he conocido a un Di Malva que no fuera angustiosamente egoísta».

La última persona que atestiguó haber visto al muchacho fue la criada Petronila, quien comentó a la prensa con sumo detalle la elegante y extraña manera de caminar del muchacho.

—Ciel tiene una deformidad en el pie derecho, es patihendido, pero con perseverancia pudo disimular la cojera, creo que este detalle podría servir para reconocerlo —dijo con un dejo de esperanza, esperando que aquella descripción funcionara a través del tiempo.

Ciel Di Malva, sin embargo, se había esfumado en el aire; su cuerpo jamás fue encontrado, y el caso se enfrió hasta que su hermana Aurelia, de dieciséis años, un día se saltó sus clases y se dirigió en busca de un investigador privado.

Hacía una hora antes, se había encontrado con una vieja amiga de la infancia, en la avenida Corrientes.

—¡Pequeña calamidad!

—¡Soberbia mofa!

Aquellos extraños apelativos se debían a una infancia tranquila en la que, a la hora de tomar el té con leche, ambas niñas insultaban la costumbre y discutían arduamente sobre cuál de ellas era la creadora de esa denominación con la que se nombraban.

Milena Volnich, descendiente de inmigrantes judíos eslovacos, vivió en tierras eslavas hasta los seis, por ello le quedó un bonito acento rioplatense. De cabello rubio corto bajo las orejas y mirada poeta, Milena notó de inmediato la inquietud de su amiga dada la cercanía existente entre ambas.

—Conozco a un detective que me ayudó a mí y a mis padres, es sumamente eficiente, vamos juntas que te acompañe —le dijo Milena.

Tomaron dos colectivos y al llegar a la última estación, Aurelia se volteó con un ademán de queja, pero se mantuvo en silencio y subió las escaleras.

Había un cartel escrito en ruso y traducido debajo en español: «Leonid Kim: resolución de casos fríos, precio económico». A la joven le pareció inusual aquel tipo de

marketing. Al entrar, Aurelia, dudosa, se quedó parada en el umbral; Leonid Kim la entendió y sonrió amablemente. La primera impresión que tuvo de la muchacha fue la de una jovencita refinada pero foránea de toda moda: vestía un jumper blanco impecable, pantalón marinero, y llevaba el cabello largo similar a Jeanne Hébuterne. De mirada altiva y brillantes ojos aguamarina, la joven analizó las paredes mostaza, los archivos ordenados pulcramente sobre la mesa. A Milena la recordaba, por eso la saludó preguntándole por sus padres.

Tras aquellos ojos distantes, Aurelia se sentía nerviosa: había sido burlada y no tomada en serio por ningún detective privado. Incluso uno le rogó que le dejara en paz, que su trabajo era serio y no resolvía cuentos hasta que el encuentro con su amiga iluminó nuevas esperanzas, sin embargo, se sentía desilusionada por la juventud del investigador.

Leonid Kim tenía veinticinco años y rasgos ruso coreanos; al momento de recibirlas bebía su acostumbrado vaso de vodka, vestía pulcro traje oscuro

y corbata azul petróleo. Su cabello era rubio, peinado por completo hacia atrás, y sus ojos vivaces color miel se escondían detrás de sus lentes.

Rio para sus adentros cuando la orgullosa Aurelia Di Malva lo examinó como un mal bicho. Comprendió entonces que no deseaba dejarse engañar.

—Me voy, me dijiste que había un investigador, te hablé en serio, Milena.

—Pero es verdad, él me ha ayudado antes —replicó su amiga.

—Puede irse, pero creo que sería una pena hacerlo cuando ha sido muy largo su viaje. Puede tomar aquí un café y comunicarme su problema señorita —respondió Leonid.

No supo si fue su encanto natural el que logró convencerla o qué, el caso es que se sentó y comprendió enseguida que el talante del muchacho era similar al de un caballero medieval: distante y cordial.

Entonces la muchacha le comunicó al detective sus sospechas, a lo que el caballero ruso asintió

demostrando comprensión. En algún punto la muchacha comenzó a cansarse, pues el interrogatorio se volvió exigente en detalles acerca de qué actividades realizaba la víctima antes de desaparecer, quiénes estaban allí con él, nombres, lugares.

—Se encontraba en un estado de ánimo normal... Siempre fue solitario, jugaba en los jardines. Recuerdo que últimamente leía «Las Flores del Mal» de no me acuerdo qué autor...

—Charles Baudelaire. Por lo que me has dicho hasta ahora, puedo tener un perfil psicológico de un niño tímido, adentrado en su mundo... cuéntame más, ¿no mantuvo ninguna palabra con, por ejemplo, los empleados domésticos? ¿Qué clase de relación tiene con su progenitor?

—En mi hogar hay cuatro empleadas domésticas: Petronila, Marta, Rosa e Inés; esta última se encarga mayormente de la cocina junto a un mozo, y hay un mayordomo que trabaja durante años en la familia de apellido... espere que recuerde, ¡cierto!, Mac bride, es de origen irlandés. Ciel, mi hermano, pasaba tiempo con

todos ellos, pero tenía especialmente aprecio por Petronila, podríamos decir que es como nuestra madre. Con nuestros padres siempre tuvimos una relación únicamente de sangre, fría y distante. Mis padres continuamente traían amantes a la casa, a veces mi hermano y yo dormíamos en las habitaciones de los empleados.

Leonid Kim hizo una pausa para beber un sorbo de café; las muchachas se observaron: hacía media hora desde el comienzo de la entrevista y el investigador había anotado en su anotador personal todos los detalles de la conversación. A continuación, tomó su gabán y cuando estaba casi por cruzar la puerta recordó que no había pedido la dirección del lugar de los hechos.

—Disculpen señoritas, es la mala costumbre de la previa imaginación. Estén atentas al correo, porque en una semana les enviaré mis averiguaciones.

—Discúlpeme, pero olvidé preguntarle cuánto costarán sus servicios —preguntó Aurelia.

—Me gustaría adquirir el tomo de «Las Flores del Mal» si no es molestia; por lo demás, no se preocupe: hacía tiempo me había intrigado la desaparición de su hermano. Le prometo hacer todo lo posible para que vuelva sano y salvo a su lado, señorita Di Malva — sentenció Kim y se despidió mientras ellas se ponían de pie para retirarse de la oficina.

Lo primero que hizo Kim fue dirigirse a la escena donde habían sucedido los hechos: la estancia.

Habían realizado cambios tras una década de inactividad, pero de igual manera era posible hacer una reconstrucción. Aurelia recordaba que hacía una década, en la víspera de año nuevo, se encontraba en su habitación cuando escuchó una discusión; ese día la casa era una agitación pues se estaban realizando los preparativos para la víspera de año nuevo. No se le había prestado atención, por esa razón, a la ausencia momentánea de Ciel.

Leonid Kim comenzó su pesquisa preguntando en las casas aledañas a la finca de los Di Malva. Quienes lo

recibían se mostraban nerviosos ante su presencia; solo una mujer lo hizo pasar a su casa brevemente.

La influencia de los Di Malva era innegable, pero lo que le pareció más extraño a Leonid Kim fue la pasividad en la investigación. Por si fuera poco, los vecinos eran reacios a cooperar. Comprendió que podría haber gato encerrado.

Mientras tanto, Aurelia se adentró a la habitación de su hermano, mantenida intacta a través del tiempo, y meditó acerca del motivo del cual el premio de toda la labor del investigador fuera un tomo de un libro. Tomó entonces el viejo volumen de la biblioteca y lo acarició recordando cómo su hermano mayor se lo leía.

Por la mala ventilación, abrió las persianas de la ventana, y al penetrar la iluminación del amanecer su corazón dio un palpito: dentro de la habitación había dibujos infantiles realizados con carboncillos.

Leonid Kim se encontraba hablando por teléfono, cuando la voz de una mujer le dio una detallada descripción sobre las empleadas; Inés y Marta habían

mantenido una relación especial con el Sr. Di Malva ya que frecuentaban el restaurant Saint Beef.

Leonid Kim se preparó como un nuevo empleado, y cada uno de sus movimientos y manera de hablar hicieron que pasara desapercibido dentro de la casa de los Di Malva, incluso para Aurelia.

Todas las puertas se encontraban abiertas al paso, de seguridad escasa. Leonid Kim meditó sobre el cuidado que tenían los padres de Aurelia tras haber perdido a un hijo. La madre, Hipólita, era una mujer que viajaba al extranjero y solo volvía para alguna ocasión especial. Fermín Di Malva era un hombre de salud enfermiza, nervioso, y tenía un harén dentro de su casa.

Leonid mantuvo trato con el mayordomo, el único que sí le daba cuerda y no dejaba de soltar los trapos más sucios de la familia; le explicó lo mucho que detestaba a sus patrones, ya que, para él, el verdadero heredero era el hermano muerto, Arturo.

—Ese muchacho era leal, honorable, se lo llevó la Muerte... enfermó de gripe y no se recuperó. El

atolondrado Fermín heredó todo, un sinvergüenza, y la pobre criatura que desapareció...

—¿Quién desapareció?

—No se te ocurra repetir lo que te contaré, porque es peligroso, pero Ciel es en realidad hijo de Arturo, y por lo menos yo creo que esos infelices lo sacaron del juego...

—¿Pero de quiénes habla?

—Te conviene trabajar sin descubrir más, soy un juzgador silencioso, pero te advierto por tu bien cuidar tus espaldas, solo eso puedo decirte.

—Muchas gracias por su advertencia, Sr. Macbride, lo tendré en cuenta —contestó Leonid Kim, y mientras el anciano mayordomo caminaba hacia otra esquina, el investigador siguió tomando apuntes con atención.

El sol estaba por ocultarse; en una de las calles donde todavía los artistas pintaban y comerciaban sus artesanías coloridas y los jacarandás inundaban con su perfume, vio venir a Aurelia.

La muchacha, que mantenía siempre el ceño fruncido y un aire de desconfianza, en ese momento rompió a llorar, y como una niña le enseñó un papel estrujado que traía en su mano.

Se escuchó una fuerte frenada en la calle, luego unos insultos; un joven salió molesto de la camioneta negra polarizada.

—Estos no miran al cruzar... ¡Pero miren quién está ahí, Leonid...!

Se escucharon unos gritos, y Aurelia palideció cuando vio a un muchacho cercano a su edad tirado en el piso. Respiraba con esfuerzo, y a su lado podía verse un muchacho al que solo vio de espaldas, pero le recordó a su hermano por su cabello castaño.

Entonces al muchacho parecido a su hermano, que lo acompañaba, lo subieron en un Ford Falcon verde militar, y terminó por perderlo de vista.

Durante el viaje en tranvía temprano por la mañana, cuando la tierra tenía una neblina inusual y el aire estaba

fresco, Aurelia y Milena Volnich emprendieron su viaje junto al investigador.

Leonid Kim se ensimismaba tanto en su pensamiento que se volvía distraído, entonces le preparaba todo lo necesario, o le llamaba cuando quedaba demasiado imbuido en sus pensamientos.

—No olvides tu bolso, Lev.

Leonid Kim estaba en una llamada, pero hizo una mueca que divirtió a Aurelia. Les comunicó que, durante la investigación policial, uno de los sospechosos era el doctor Argerich, un médico que había perdido la cordura durante la peste de fiebre amarilla hacía una década. Cuando llegaron a la dirección, Aurelia observó que algo estaba fuera de lugar. Paseó silenciosamente hacia la casa celeste en el monte, mientras el investigador realizaba unas señas extrañas, la muchacha también notó que, de la casa aparentemente abandonada, salía un fuerte hedor a cadáver.

Escalar el monte con aquellos viejos zapatos escolares fue para la joven una odisea, pero al llegar no dijo nada;

el joven notó que sus mejillas estaban arreboladas por el sudor, pero había tomado su amiga el tiempo para recoger una flor de mostacilla. «Es para un recuerdo», bromeó Milena Volnich. Intentaba prender buenas migas ante el silencio de muertos, donde solo se podía escuchar el murmullo de los álamos y abedules, y el graznar de los teros.

Leonid Kim había examinado cuidadosamente los dibujos fechados una semana antes de la desaparición de Ciel Di Malva, sin embargo, no dijo palabra al respecto.

—Se trata de una flor, en este lugar señorita Aurelia, según la investigación policial, se hallaron los zapatos de tu hermano. Quiero preguntarte, ¿cómo reconociste la dirección?, Había numerosas casas, y te había detallado cómo se veía la casa del doctor Argerich. ¿hay algo que quieras decirme que recuerde esa noche?

—¿Dónde estamos entonces, Sr. Kim?, ¿qué es lo que usted quiere decir? —preguntó desentendida Milena.

La joven Di Malva no respondió, solo asintió lentamente con la cabeza. Luego le preguntó, ahogándose con sus palabras.

—¿Yo lo lastimé...? Por favor, esclarezca mis recuerdos, no puedo con esto —dijo ahogándose en un murmullo incomprensible mientras Milena trataba de apoyarla.

—No, no fuiste vos *Solmshko*, de eso estoy seguro. Esto es mucho más grande que un accidente, pero para todo eso quiero que intentes recordar lo que su trauma le impide recordar. Por ello visitaremos al doctor Argerich...

—¿Cómo? ¿el doctor loco?

—«El único tuerto en el país de los ciegos» diría yo; creo que él fue lo que en criollo llaman “un perejil” creado con la finalidad de desviar la atención pública.

Era un camino ensombrecido; a cada paso, a tientas, la muchacha sentía escalofríos, comenzó incluso a dudar de las intenciones del investigador... ¿Y si en realidad era un estafador? Mientras se imaginaba un posible escape, llegaron a una casa y antes que Leonid Kim aplaudiera para llamarlo, se asomó por la puerta un anciano. Tenía un párpado caído en un ojo. Se sentaron.

Milena Volnich calmó a su amiga, y entonces notó que antes de tratarse de su amiga, conocía y le debía un favor a Leonid Kim, si acaso ese era su nombre.

Se encontraba en un aprieto, entonces arañó a los hombres; por su fragilidad mental le tomó unos minutos retomar la calma, luego escapó por la puerta. Antes de que volviera en sí misma, sintió arder sus piernas y brazos por las espinas de las zarzamoras y no sabía cómo retomar el camino.

Aurelia Di Malva se sentía desconcertada, hasta que una parte de sí misma recordó que había vivido una experiencia similar, en ese caso, acompañada por su hermano, quien la llevaba de la mano. Entonces había un hombre muy alto, que casi llegaba a la altura de un puente de piedra.

El puente de piedra se trataba en realidad del «puente abandonado» construido en el siglo XIX durante la presidencia de Nicolás Avellaneda, en aquellos tiempos donde se fomentaba la inmigración; aquel era un vestigio de un tiempo perdido en oasis de lagañas desiertas.

Aurelia Di Malva se frotó sus ojos irritados por la arena del olvido, entonces apareció un espectro ambulante.

La muchacha, instintivamente llevó sus manos a su cuello para sostener un crucifijo de plata que desgraciadamente había olvidado, lo que provocó una risilla maliciosa del espectro. Este, entonces, se abalanzó sobre ella, y forcejearon hasta que el espíritu cayó sobre la mujer; luego volvió al mismo lugar, pero ella, más rápida, se alejó. Era como si viera una grabación: el espectro siempre caía como si recibiera un golpe por la espalda.

En el dibujo de crayones azulados, Ciel Di Malva había dibujado un hombre sobre el suelo. También había rayas rojas. Aurelia, escondida entre los arbustos, sacó del bolsillo de su abrigo el dibujo, intentó enderezarlo y notó que se había arrugado en una punta. Por el reflejo del ocaso, los rayos luminosos traspasaron los poros del papel distinguiendo una escritura oculta, desdibujada como si la humedad hubiese devorado la tinta con el pasar de los años. A Ciel le temblaban las piernas y los mosquitos le picaban. Entonces vio a su hermano,

cuando tenía doce años, y notó que un Falcon verde se lo llevaba; un pájaro oscuro voló hasta picotear con su pico su cabeza, sintió un profundo dolor, pero antes de perder la conciencia pude ver el rostro del traficante: un hombre con una cicatriz en la mejilla.

Aurelia escuchó la voz de Leonid y despertó en la casa celeste. Milena Volnich la abrazó; la joven temblaba nerviosamente. En realidad, jamás había escapado al monte: toda aquella visión había sido obra de una magnífica hipnosis con estramonio, tan mortal que Aurelia Di Malva en su vejez se preguntaba cómo no había muerto en aquel entonces.

Era tal la potencia de aquel efecto, que recordaba perfectamente el número de la patente del auto. Leonid Kim entonces llamó por teléfono. El doctor Argerich les preparó un mate hecho con calabaza; Aurelia Di Malva agradeció, pero no bebió; luego corrió a vomitar por las náuseas que sentía. En ese momento entró Leonid Kim, con el semblante luminoso.

—¡Buenas noticias! Puede tratarse de un militar retirado: Cornelio Isabelino Juárez, en la actualidad reside en

Paraguay con su esposa, y es de muy bajo perfil. En más, hay incluso una llamada que fue ignorada por la investigación, sobre el parecido de tu hermano con su hijo Carmelo.

Fue la primera vez y única vez que la responsable Aurelia Di Malva escapó de su casa, no pensaba despedirse de nadie, pero pensó que la esperanza era necesaria para Petronila, la empleada doméstica que había mostrado emoción y quebranto por la pérdida de Ciel.

Al llegar a la dirección de Petronila, descubrió que hacía nueve años se había mudado. Aurelia Di Malva viajó con Leonid Kim, y el viaje en un momento se atrasó por culpa de un temporal. El investigador miró impaciente su reloj en la muñeca y entonces la muchacha, para romper el silencio, preguntó cómo era Rusia. Leonid Kim la observó con sus ojos color miel, como los de un gato, y en lugar de responderle con preguntas, para comprender exactamente qué debe responderle le habló de la nieve, también de una cafetería con un nombre que Aurelia no podía pronunciar ni tampoco recordar; todo indicaba en el investigador una infancia vacía, carente de

afecto e incluso hasta una violencia normalizada. La muchacha entonces intentó naufragar hacia otro tema, algo que el muchacho agradeció íntimamente. Del pasado, llegaron a coincidir con el devenir, y por tantas buenas migas que hicieron durante aquellos momentos, la muchacha le confesó que antes le tenía un poco de miedo, a lo que Leonid Kim le replicó que era bueno tener sus reservas por su seguridad, pero que jamás la lastimaría, y que le recordaba a la hermana que perdió en la guerra.

El viaje se retomó. Para el día siguiente habían llegado a Asunción del Paraguay, y cuando bajaban del bus de larga distancia, fueron recibidos por un viento caluroso.

Las nubes de verano se veían esponjosas, y Aurelia Di Malva reflexionó que se le dificultaba pensar que lo que la traía a aquel lugar era descubrir si su hermano había muerto, saber la verdad acerca de su paradero.

Leonid Kim llevó la pesada maleta de la muchacha con un silencio sepulcral. Por la expresión fruncida, Aurelia comprendió que Leonid debía estar pensando en algo insondable. En su mano, luego de desayunar ambos en

una cafetería, ella preguntó una dirección, la dirección del militar retirado con aquella identificativa cicatriz en la mejilla.

Pidieron en una cafetería mate cocido y pan con mermelada de ciruela. Cuando llegaron a la dirección del ex-militar Juárez, notaron que se trataba de una estancia enorme, entonces Leonid Kim le pidió que vaya a la tienda de enfrente donde había vidrieras, él iba a presentarse discretamente. Desde la vidriera de sombreros, Aurelia pudo observar cómo al principio llamaba y tocaba el timbre, pero luego se adentró saltando por encima de la reja.

Cuando el investigador entró, comenzó a buscar la mansión. Cuando la distinguió, desde el horizonte esperó a que se acercara un empleado. Desgraciadamente era una mujer, entonces la noqueó en el cuello, y se puso el delantal, sacó de su traje una peluca rubia y un labial rubí.

Al acercarse a la entrada, el guardia le preguntó quién era, dado que no reconocía su rostro. Le explicó, con cierta sensualidad en su voz, que se llamaba María de los

Azares Guzmán, y que había empezado a trabajar justamente aquel día.

De aquella manera, Leonid Kim se adentró y encontró una oficina; hasta que se encontró con Petronila. El investigador soltó una mueca de sorpresa al reconocerla por las fotografías de las fuentes de investigación, y aquello lo delató: Petronila, vestida de un dorado ajuar, le preguntó quién era, dado que no había contratado una nueva empleada doméstica.

Leonid corrió y se escondió en una de las habitaciones. Ésta estaba empapelada de un verde esmeralda, y tenía un escritorio. Se sentía un fuerte olor a formol lo cual hizo que a Leonid se le irritaran los ojos; al moverse a tientas rompió sin querer la pared de papel y encontró frente a sí un muchacho de veinte años, barbudo, atado a una cama. El joven tenía ojos grisáceos y la mirada perdida. Se trataba de Ciel Di Malva.

Entonces se escucharon gritos y pasos agitados cada vez más cercanos; Leonid Kim rompió con su navaja las cuerdas anudadas que apresaban al joven desgarrado y saltó por la ventana de planta baja cargando en sus

hombros al enflaquecido Ciel y evitando a los guardias. En ese momento escuchó el tronar de un disparo. Sintió la sangre, pero por la adrenalina llegó hasta el portón... ¿Cómo hacer para pasar al moribundo joven hacia el otro lado? Entonces apareció Aurelia hacia el otro portal, y Leonid Kim le dijo: «gracias por venir», era aquello como un puente, y escaparon hasta perderse dentro de un centro. La sangre solo había rozado la oreja de Ciel Di Malva, sin embargo, no era aquello el peor de los males, sino que había sido torturado durante años.

Aurelia Di Malva vendó su herida con un profundo cariño casi maternal, entre lágrimas entremezcladas por el dolor y la alegría notó que con el pasar del tiempo la droga que le suministraban a su hermano iba perdiendo efecto. Entonces éste la reconoció.

Fue así como Leonid Kim obtuvo prestigio internacional por encontrar al desaparecido niño buscado por la Interpol durante toda una década, fueron llevados a juicio el ex-militar Juárez, Petronila, y otros implicados.

Aurelia Di Malva se independizó y visitó frecuentemente a Leonid Kim, incluso llegó a trabajar para su agencia hasta que se casó.

Habría podido Leonid Kim pedir ante tal agradecimiento celestial algún premio, sin embargo, únicamente aceptó como pago el libro prometido: «Las Flores del Mal», un volumen antiguo que recibió con la alegría de un niño.

Travesía de un alma incomprensida

Has vivido Safo lo suficiente como para creer en las extrañas vueltas del cuerpo celeste; confieso para pedirte consejo una vez más, ya que yo, Attis, soy infeliz. Hallarme encerrada observando un atisbo de luz en la puerta, la cual dejo abierta; espero la llegada de un compañero para empezar mis viajes.

Me emocionaba cuántos testimonios de viajes leía a través de los papiros, también conocía de memoria las descripciones de comerciantes en Asia. Conservaría hasta en mi siguiente vida un gran deseo de conocer el mundo, conocer otras culturas lejanas del hemisferio en la que me encuentro: colores, formas y naturaleza.

Al despertar, miré de reojo fuera de la ventana con el mismo dolor y angustia que pesaba sobre mí al revivir un sueño en el que encarno una muchacha encerrada de la antigüedad que conversa con la poetisa Safo. Me persiguió durante años la pesadilla de su muerte, donde

arrepentida observa el fuego de una enorme biblioteca y los brutales ataques al templo.

Una sabia curandera del norte del país me aseguró que mi corazón se encontraba anudado por deseo insatisfecho de mi anterior vida. Así fue como hace seis meses comenzó mi viaje como mochilera: deseo recorrer hasta el final del mundo con mi bicicleta, no anclarme bajo normas impuestas ni mandatos invisibles, tampoco desvivirme ansiando libertad.

He visto estaciones de tren hermosísimas, árboles violetas, amarillos; he recorrido tierras de arcilla, con estatuas cálidas donde reposan los mirlos cansados de tanto volar. El florecimiento de la tierra de plata. En esta vida no cometeré el error de esperar eternamente que alguien entre por mi puerta.

Soy un escritor aficionado

«Soy un escritor aficionado» sostuvo Julio Cortázar mientras ponía entre sus labios la bombilla vieja de plata y succionaba la verdosa infusión.

La entrevistadora seguía haciéndole preguntas, pero el novelista respondía de manera que, a cada minuto que pasaba, su imagen de estatua griega se humanizaba.

La modestia de aquel reconocido escritor era ampliamente reconocida, tanto como su mala costumbre de dejar sus cuentos sin final.

Artistas reconocidos, poseídos por una genialidad turbulenta, requerían de una estoica voluntad para acabar sus obras. Algunos, como el pintor español Velázquez, dejaron sus obras inconclusas (sobran testimonios de esto, como el de su amigo el rey, quien se quejaba de que Velázquez tardaba años en terminar un encargo) La imperfección, una mirada lanzada afuera del marco causa intriga, deshace y rehace ilusiones.

Julio Cortázar no era modesto, solo reconocía ser simple. Muy en lo profundo de su ser convivía un zorro y, junto a él, un niño. La pelea concluía con un niño con su rostro y brazos arañados por las garras del zorro astuto sentándose a llorar en silencio en el rincón. Fue así como, durante mucho tiempo, el zorro triunfó.

Sus ojos marinos presentaban su persona en la sociedad como un telón, y deseaba desaparecer aquella imagen que con tanto vigor perdura en la memoria colectiva de su nación, no la de un viejo cansado del mundo, sino aquel astuto joven que fue en el pasado. El único motivo por el cual había aceptado aquella entrevista tras tantos años conviviendo entre escrituras y libros que se publicaban desde la penumbra de su casa fue solo porque el niño dentro suyo temía ser olvidado.

Durante la entrevista soltó algunas frases sabias, (que internamente lo hicieron sentir culto) Con esa sensación triunfal, se recostaba y estiraba en el sillón del entrevistado. No obstante, en un momento, la mujer que tenía enfrente apareció con otra cabeza. Sobre el

traje escarlata y el cuello agudo pudo verse, en lugar de un rostro, un gran libro abierto.

El camarógrafo gritó y se alejó de ella. El escritor se frotó los ojos: creyó estar soñando.

De pronto, la mujer recuperó su rostro y se quejó del lugar desde el cual el camarógrafo enfoca su cámara. Ambos hombres se observan, incrédulos de lo que acaban de ser testigos.

Lluvia eterna en Frescos Aires

Él ha dedicado cuantiosas horas de lectura para abandonarse del tedio de las tormentas y las inundaciones continuas en el Amba; algunas gotas caen del techo sobre su brazo que escribe en las teclas y otras sobre su cabeza.

La alerta naranja resulta histórica: cae granizo, y se corona con la angustia que padece el amo y la mascota, abrazados en la cama esperando que pase. Pero no para, es como la lluvia eterna de Frescos Aires: torres grises agitadas al azar dentro de una balanza alada de un mosquito cantor en la oreja del porteño durmiente.

Torre de los huesos

El cielo amaneció gris. Durante la larga travesía, presencié la mirada solidaria y triste de la viajera anciana, quien murió en el bosque tras perderse. El cielo retumbaba, las nubes grises de la tormenta que arreciaba en lo alto se acercaban, amenazantes. Te miré y no me comprendías; quizás yo tampoco, pero sentí tanta tristeza. Los cráneos formaban un lamento, la tierra caliza, quizás fue el cielo rugiendo.

En mi camino dan sombra los abetos, las hayas, pero no crecen flores: solo césped seco. Es una ilustración lamentable. Entonces un rayo asoma entre uno de los árboles y lo hace encenderse. Al principio ninguna alma vieja se acercó a mí. Un turista se desempeñó contra un risco, solo yo sé la razón. Pero en la torre de los huesos todo espíritu será siempre bienvenido.

Macondo de totoras

En la tierra donde crecen las totoras, los helicópteros traían personas que nunca regresarían. Anatolia Zamora recordaría años después a los hombres encapuchados, el misterio desconcertante que se engendraba poco a poco, cómo sofocó a todos. Se escuchaban los gritos de una muchacha en la plaza roja, donde tras unos minutos volvió con las piernas sangrantes. Era su hermana una de las tantas hermanas y madres que fueron abusadas por los militares.

Antes había sido un sitio paradisíaco donde dos viajeros habían desentrañado un camino dentro de los Andes. En la tierra, la hierba de la totora crecía sin demasiada sutileza y se desparramaban intensas ráfagas de viento, entonces construyeron su pequeña casa de adobe. Luego, los habitantes el naciente pueblo edificaron sus casas de piedra. Pero toda esa comodidad que habían podido tener con sumo esfuerzo, (sus radios, termos, incluso las ventanas y techos de sus casas fueron vilmente desmantelados por los militares.)

Raspa el mortero hasta que se astilla. Se enciende el fuego cantor, se pisan las papas hervidas, tal como los militares pisaban sus esperanzas, y las cebollas se cocinan a fuego lento. Anatolia Zamora piensa que los militares debían de tener llagas, estar malditos de alguna manera por lanzar tantas víboras, prometiendo una libertad imaginaria y protegiendo a un pueblo en realidad sometido.

Todavía no era toque de queda, pero Anatolia Zamora sabía que debía ir con precaución; pese a su corta edad, ninguna maldad le sorprendía: sus grandes ojos pardos habían visto demasiado de aquella tierra que olvidada por dios.

Desde la profundidad de la tierra, una víbora se arrastra y sin que lo note, se desliza en su pierna. Sus padres notaron que su hija no volvía y salieron en su búsqueda; la llamaron sin respuesta. Aún se encontraban fuera cuando sonó el toque de queda.

Filomena deseaba buscar a su hija, pero intentó convencer a su esposo de que seguramente la niña estaría en casa de su amiga: había perdido la noción del

tiempo. Todo esto porque si seguían fuera serían aprehendidos por los militares.

Pero fue inútil: Don Silva Zamora siguió llamándola y finalmente la encontró escondida debajo de un montículo cerca del arroyo, el rostro sucio por la tierra. No se encontraba sola: a su lado había un hombre comido hasta los huesos, con moretones, que intentaba hacerle un torniquete en la pierna derecha con un trozo de tela.

Anatolia Zamora pidió perdón a su padre por no haber regresado antes del toque de queda, pero no había podido moverse, y al temer ser descubierta por los militares, se escondió entre las totoras. Su padre lloró, la abrazó, y le agradeció con todo corazón al salvador de su hija, pero notó el miedo y miseria que asolaba en aquel misterioso hombre.

Entreveía aquel conocedor del campo que quien había salvado a su hija, con las hierbas del lugar, no era un prisionero de mala calaña sino uno de los desaparecidos que entraba encapuchado en una escuela abandonada y que no salía de allí jamás.

Don Silva lo invitó a su casa para curar sus heridas, y así se hizo: aprendió que aquel hombre se llamaba Hermenegildo, era periodista y había sido secuestrado junto a su pareja, que se encontraba embarazada. Con lágrimas en los ojos recordaba cómo habían muerto varios de sus compañeros de la manera más horrible. Aunque Anatolia estaba cocinando junto a su madre, escuchaba.

La muchacha se formó un Nietzsche cercano y mestizo gracias a la influencia de Hermenegildo, y aprendió con diversión en el breve tiempo que estuvieron juntos algunas palabras en inglés.

Así, Hermenegildo convivió con la familia Zamora durante un mes, con pesares, pero también con alegría; había un momento, sin embargo, donde la casa quedaba solitaria. Por las tardes, las niñas iban a una escuela cercana; sus padres salían recién volvían a casa cuando caía el sol.

Una tarde, cuando volvieron, encontraron una nefasta escena: habían arrancado las ventanas, se habían llevado los pocos objetos valiosos, y con saña habían roto lo que

no podían llevarse; lo más importante: no encontraban a Hermenegildo. Luego vieron con terror unas pisadas de sangre que se perdían en el camino empedrado.

No volverían a verlo. Cuando las bases militares fueron abandonadas y volvió la libertad a prevalecer en el territorio, salió a flote la tiranía concentrada en los ojos de los habitantes del Macondo de totoras, donde la hierba acuática aun no crece ante tantas lágrimas de dolor.

Esporas de cristal

Marcho por la hierba mojada por el rocío, y soy testigo eterno de cuando toman posesión de mi cadáver erosionado de siglos en espera. Unas prosaicas manos han convertido mis restos en un collar tallado de hueso que atraviesa las extensas tierras romanas para contemplar finalmente las constelaciones del mar de plata y las estirpes lejanas perdidas en meteoros cíclicos.

Las gracias mortales, la frialdad, me envuelven, pero se entibian por la compañía, si así podría llamarse, de una pareja de viajeros acompañados de un can.

—Es una maldición; tira ese collar, desde que lo recogiste que no hemos encontrado el camino —se lamenta la pareja de la muchacha de cabellos cortos que me lleva colgada en su cuello.

La muchacha lo mira con sus grandes ojos oscuros, y se burla. Largo tiempo ha transcurrido desde que transitan juntos; su objetivo era conocer el monte Olimpo. A medida que se escondía el sol y los rayos anaranjados se

perdían entre los altos cipreses, el rostro de la mujer se endurecía cada vez más, hasta finalmente mirarme con un dejo de miedo y desprecio.

Me arroja con brusquedad y caigo de un acantilado; distingo en el reflejo de las aguas la sublime tierra coronada de los dioses, donde beberán ambrosía y celebrarán sus banquetes otorgando virtudes a nosotros, los mortales, que tanto erramos. Siento el murmullo de abetos y robles que recitan como los sabios sus designios ancestrales y me condeno al eterno desprecio. Al observarme, veo un amuleto de hueso con cristales, y recuerdo cuando me observaba en vida en el espejo, preparaba mi tiara, y me perfumaba con esmero.

Me pregunto, ¿he sido yo quien cortó mi hilo de vida o las *fatae* furibundas por mi acción me han condenado a una penitencia eterna, un cristal cadavérico, una artesanía andante?

Cuando el emperador pidió tu mano, a ti, un muchacho con facciones armoniosas semejante al rostro de una emperatriz muerta cuyo trágico final fue recibir un violento puntapié de su esposo, cuando su vientre aún

tibio se abrió y sucumbió ella y su hijo no nacido, me sentí morir; cuando mi padre me comprometió con un comerciante más cercano a la edad de mi abuelo seguí muerta en vida, pero rezando a los dioses por tu buen porvenir, pero cuando te volví a ver estabas magullado y corrí con desesperación cuando te arrancaron las ropas, como sucedió con Proserpina raptada por Plutón. La mirada perdida, el público homicida aplaudiendo. Nunca pude saber qué pasó contigo, y esa intriga me impedirá el descanso eterno.

El precipicio ha germinado en mí, la doble vida... ¡Oh, trágico Esporus!, fueron las ondas cristalinas quienes me golpearon contra las rocas y me mecieron como un abanico de papel roto. Una doncella muerta por su propia mano no tiene rito fúnebre; rezo a la deidad Moneta por la memoria, y que haya quien sepa de nosotros en los tiempos venideros por sobre los restos de terma milenarias, ancladas en la arena de verano y perturbadas por un lecho de líquenes y piedras.

Esporus, ¿acaso has venido a dejar tus semillas en el plano? Solo has sido cruelmente elegido por el evento

trágico de tu vida, aquel limbo propio de las parcas quienes cortan la madeja de hilo. Me arrojé desde las rocas de Léucade en recuerdo de donde nos reunimos por vez primera. Me pregunto si tienes presente aquel recuerdo de cuando nos tropezábamos con la enorme higuera, el *Ficus Ruminalis*, y se secaron las hojas; tú no dijiste nada, yo tampoco, pero comprendimos que el destino dispuesto por el oráculo de Delfos cerniría su sombra sobre nuestros pasos. Te conocí y mis huesos se han vuelto uno con la tierra; te conocí y fui conocedora de tu ruina, he quedado en la sombra de la memoria, detrás de la historia, en el pensamiento letárgico de lo imposible.

Escuché calumnias lanzadas sobre tu rostro, escupí sangre liándome de las espinas intrincadas en las lenguas muertas, escuché temblores en la arena que secaron toda granate ofrendada a la bella Afrodita. Compañeros sin libertad fuimos, y me dijiste orgulloso «mi alma no está fácilmente dispuesta a la ira de una niña» germinamos así un ágape ingenuo, sostenido por promesas incumplidas.

Tal como ha dicho la solemne Safo: “Solo mientras lo miran tiene belleza el que es bello. Ahora y siempre dignidad, el que es digno”.

Hoy el rocío se funde con mis lágrimas, y si hoy escucharas desde el más allá mis ecos, si apoyaras delicadamente tu sonrosada oreja donde los minerales se fundieron con mis huesos, sabrás que jamás he dejado de esperarte.

Vuelvo en mí, se ensalza el aroma del petricor, la inconmensurabilidad del páramo, y distingo unos pasos pausados sobre el lodo. Un monje. Se sienta, bebe un licor de aroma fuerte, y me levanta con aire estudioso del suelo. Golpea tenuemente el vidrio de mi contenedor, y desliza un pergamino; dentro halla el escarabeo asirio, un amuleto de cornalina tallada del cual desconozco quien su autor.

—Es el mineral de los muertos, vivianita, con un escarabajo dador de resurrección. Pero esto está mal, ¿qué es lo que ansía tu alma que transita en una búsqueda vana? ¿quién tuvo el deseo de atarte a este plano con tanto anhelo? —murmura el monje.

La luna llena se asoma en el horizonte y aparece una mujer que se recuesta sobre las nubes; está pomposamente vestida de rosa, rodeada de un halo de luz que no pertenece a este mundo, tiene una sonrisa cínica, una mirada fría y las pestañas muy largas. En su mano derecha porta una máscara negra. Se trata de la musa de la tragedia, Melpómene.

—La tragedia requiere de un dolor que marque más allá de las venas mortales y penetre el alma.

—Elevada musa inspiradora, ¿dónde se encuentra Esporus? —pregunto.

Entonces la musa me mira con aire desdeñoso, y luego de examinarme largo rato, sonrío:

—Sigues tras un milenio realizando la pregunta incompleta; soy quien inspira a los hacedores de su propia tragedia, dame tu mano.

Tuve de compañía al monje errante durante trece primaveras hasta que caí en las manos de un joven de mejillas sonrosadas y cabellos rubios encrespados,

cuando vendían las piezas que habían saqueado del monasterio en ruinas.

El joven era mensajero y ocasionalmente pastor. Se jactaba de que fue simplemente un pastor hasta que un lluvioso día me encontró, y lejos de inspirarle un escabroso siembre de la duda como había sucedido con aquellos viajeros que se deshicieron de mí en el monte Olimpo, sintió que aquella reliquia colgada en su cuello era un amuleto de buena suerte.

Entonces encontró el diminuto pergamino que el monje había analizado años atrás dentro del colgante (íntacto dentro del amuleto) y cada vez que intentaba yo descifrar su contenido, una luz extraña me cegaba. Cuando con curiosidad el joven tomó el diminuto papel, intenté mirar a través del reflejo de sus pupilas, semejantes a castañas tostadas al sol. El papel rezaba: “El ciclo de tragedia acabará cuando haya esperanza para un nuevo comienzo”.

Al principio, detesté la compañía de mi usuario tal como había sucedido en siglos, pero en el joven sentí soberana melancolía por notar que detrás de su alegría y

positividad comenzaba a filtrarse un veneno: dilapidaba en los bares y no era extraño verlo beber fuera de la noche e incluso de día. Pronto comprendí que había una cicatriz que intentaba anestesiar: tenía marcas en el cuello, moretones.

Lo vi entrar por la puerta; comenzó a temblar, son esas bestias. Aquellos dos rostros de depredadores en celo, Nerón y Vitelio, han pasado siglos, quizá milenios, pero poseen la misma mirada, la misma brutalidad.

¿Es justo musa de la tragedia que tu entretenimiento sea ver abrirse el telón para ver una obra resurgir? ¿Tener que observar silenciosamente la muerte en vida de Esporus, con otro rostro, otra voz, y siquiera ser yo misma una mortal?

—Dame respuesta a mi tormento, ¡Melpómene!

—Las tragedias ya son decididas, pero coincidido en lo que dices: no hay final en el renacimiento, falta la llegada del clímax, el desenlace. Te daré la oportunidad de comunicarte con el desdeñoso mortal y solo te librarás de la maldición si él acepta tu propuesta de

matrimonio—, se escucha la voz dulcemente cínica de la musa.

El renacido observa a Faona, escucha su promesa de amor eterno, aquel sentimiento congregado a la Diosa Afrodita, su voz melodiosa y de palabras de plata, y se entristece. La prisión de milenios. El renacido no sabe qué decisión tomar; en ese momento experimenta una alegría celestial que la hizo abrazarla, pero cuando comprende que le pide irse con ella, el muchacho siente una punzada de miedo, y la aleja de sí.

Faona tenía cicatrices en su cabeza; frágil, llevaba un vestido blanco, y tenía unos intensos ojos negros que hicieron añicos a Esporus. Cuando Faona volteó para darle la mano a Melpómene, Esporus corrió y la tomó del brazo.

A través de los mares se puede escuchar una brisa nocturna, tal como se elevaron hacia el cielo aquellas almas gemelas abandonando huesos y tierras, envueltas en un amor eterno que no comprendía tiempo ni certezas.

Mentiras de un demonio bonaerense

En la ciudad de Buenos Aires, siempre tan “tranquila”, dormía en medio de la calle un pequeño muchacho.

Hicieron esfuerzos por sacarlo de allí mediante palabras, pero fracasaron. La muchedumbre, al final se cansó de pedirselo amablemente y dio lugar a la emoción de la ciudad: la furia.

El muchacho, desde mi testimonio superficial, no parecía estar en situación de calle desde larga data, pues llevaba traje planchado como para salir a trabajar y zapatos de cuero lustrados; solo sus ojos, algo rojos, advertían que algo no andaba bien en él.

—Puede que haya consumido algún estupefaciente, pobre chico —comenté a mi viejo amigo, con el que había salido a pasear.

Rodolfo sostuvo que bien podría ser víctima de algún “caso especial”. Entonces me abrí paso entre la gente y amablemente le pedí al chico que me acompañara a

comer. El muchacho me siguió el paso. Los autos continuaban su viaje por la calle.

Cuando salvé al muchacho de que no lo matara una patota a golpes, no noté nada extraño en él más que su mirada baja, su tono de voz decaído, su melancolía insondable.

En la cafetería “Julio Cortázar” pedimos dos cafés y yo pedí para mí un granizado de menta.

—¿Cómo te llamás? Yo soy Agosto Quinto Díaz.

—Me llamo Laurel Álvaro Echevarría, «Lau» para los amigos.

—¿Hay un motivo por el que te llamaron así?, No puedo burlarme, claro, porque también tengo un nombre... poco común.

—Me llamo Rodolfo Pérez —respondió mi amigo.

«Ahora comprendo que lo ignoré, pues seguimos hablando sobre el origen de nuestros nombres tan extraños».

El ambiente era más o menos así: Rodolfo, silencioso ante gente nueva, y yo, que tampoco soy muy conversador, pero tampoco mudo, me esmeré en buscar un tema de charla.

El joven llevaba una mochila negra, sencilla, con un llavero de porcelana verde de aquella peculiar forma...

El tercer disco de Pescado Rabioso: ¡Artaud!

Este tema de conversación hizo que en minutos incluso Rodolfo comenzara a hablar; entonces charlamos sobre el rock nacional, el dolor de haber perdido hacía unos meses al maestro Gustavo Cerati.

—Si yo tuviera ese talento, esa paciencia para hacer estas figuras de porcelana, haría un emprendimiento —tras decir estas palabras se produjo un breve silencio.

—No debería contarle mis problemas a alguien a quien acabo de conocer, pero como tenemos casi la misma edad... Tengo dieciséis años, y para mi padre no existo: todo el dinero que gana en el día lo guarda en su cofre.

Hoy traté de conseguir trabajo, y me rechazaron.

Mientras estaba recostado en medio de la calle sentí mi mente en tinieblas: sin fuerzas... No me habría levantado aunque un camión me hubiese... —dijo y detuvo su discurso cuando lo abracé.

En ese momento sentí que tenía frente a mí a un cachorrito perdido.

—Un auto habría bastado, en cambio un camión... —dijo Rodolfo, a quien intenté callar de un codazo. Este maldito antisocial...

—Podés contar con nosotros, y también necesitás ayuda psicológica...

—Tarán... frente a ti hay un profesional de almas en pena —dijo, ansioso, Rodolfo, ya deseando presentar nuestro negocio.

—Te mato si no te callas... —amenacé disimulando el tono, como si hablase en broma. Más de un millón de veces le pedí que me dejara a mí el trabajo de convencer a los clientes.

Pese a mi amenaza, siguió con su perorata.

Rodolfo puso entonces su mano detrás de la espalda del muchacho sin apoyarla sino sujetando algo: una cría del «Demonio de la Avaricia».

Nos analiza rápidamente con sus ojos ámbar semejantes a un tigre manso y rencoroso, que enjaulado, desconoce entre su enorme y pequeño mundo, quien entre todos los ojos que le observan, es su captor, su enemigo.

—¡Es sorprendente!, ¿qué fue lo que hiciste que por unos segundos sentí que no me pesaba una mochila llena de piedras? Qué extraño... —dijo Laurel con los ojos lagrimosos de alivio.

Una palabra llevó a la otra y pasamos de extraños a mejores amigos. Esta manipulación (idónea para conseguir un cliente) es la que luego Rodolfo me reprochó como despreciable, pues él siempre va al punto.

Pero el alquiler de los casos especiales, los paseos en la cafetería favorita del escritor Julio Cortázar, ni la calidad de vida de mis gatos van a pagarse solos y yo, quinto descendiente de la familia Díaz nacido el mes de agosto,

temo que encontré al fin mi «gallina de los huevos de oro».

Pronto descubrí que era el hijo de un empresario; si bien su apellido resonó en mi mente como los mensajes detrás de las marcas de galletitas.

Su padre, Edmundo Echevarría, agresivo y arrogante, sin embargo había criado a su hijo lejos de una cuna burguesa: el joven no tenía una moneda en sus bolsillos.

Nos dirigimos al palacio de Palermo para ver al padre de Laurel. Antes, habíamos investigado su historia en el mundo empresarial y sus «éxitos inmediatos».

Tras unos momentos de espera, el Sr. Echevarría apareció llevando tras su espalda una bestia de enormes fauces y patas negras zigzagueantes; ésta susurraba detrás de sus orejas que «no era suficiente: necesitaba más dinero».

Rodolfo lanzó una moneda, y el demonio se dispuso a tomarla. Antes de que la moneda tocara el suelo, tomé con fuerza el brazo de Laurel y lo lancé hacia su padre. Sin que nos vieran actuar, con unos arbustos de laurel

haciéndonos sombra, devoramos al demonio dentro de nuestros cuerpos como siempre. Cuento en mi interior ya unos diez; lo extraño es que nunca me pasó nada.

Laurel y su padre quedaron en buenos términos y cobramos buen dinero, pero en mi pensamiento no puedo evitar pensar que estos demonios me están enloqueciendo, y tras haber devorado al demonio visible, no puedo dejar de escuchar voces que me suplican por más monedas... Perdón Rodolfo por callar, cuida a mis gatos, ¿sí?

El teatro de la locura

Otra vez en el psiquiátrico Santa Lucía reinaba el teatro de los locos. Descríbase la escena de la siguiente manera; Un verdadero demente reconocido como un respetable doctor, un periodista que para denunciar el estado de los pacientes con problemas mentales se infiltró como uno, y agachado en cuclillas en el suelo había un verdadero paciente al que trataban de loco.

El doctor R. tenía sangre seca pegada en su cuello; durante el día se comportaba como un caballero amable, siempre pulcro y con la barbilla afeitada, pero ante los enfermos y la pobre Laika, era el demonio personificado.

La perra se ocultaba debajo de la cama, temblorosa. Debo recalcar que no se debe olvidar la presencia de Laika, testigo clave de los hechos que tuvieron lugar hace unos veinte años.

Vicente Artaud, el paciente cuerdo, tenía la manía de tragarse la pintura. Sin embargo, se trataba de un

prolífico artista, y odiaba con toda su alma al doctor R., llamándolo “loco suelto”, y condenando de injusta su situación porque le impedían pintar.

—No perjudico a nadie, pero usted es un ninfómano. El mundo está loco y a los cuerdos nos marginan —gritaba y su voz gutural se perdía hasta donde pasaban los transeúntes en las casas de glicinas.

Pero el pedido de auxilio era en vano. Mientras el doctor R. con sadismo preparaba la terapia de electroshocks, nunca creyó que el periodista Paulino preparaba su escape.

Aunque este último no pudo resistir contradecir en varias ocasiones al doctor R., dado que era un hombrecillo detestable. De la altura de un tal Napoleón, se pavoneaba como un pavo real por la sala, pisaba las manos de los enfermos hacinados, pobre gente, idiotizados por las drogas que les obligaban a tomar.

Y en los fines de semana, si habían visitas de familiares, los pacientes eran torturados psicológicamente, a veces hasta físicamente, por el doctor y su timorata enfermera,

quienes lo obligaban a no emitir palabra sobre lo que sucedía en el hospicio.

Pero aquel día, Paulino le dio tal golpiza al doctor que lo desmayó; la figura demacrada de Vicente, sus moretones azules en sus dos ojos fueron el colmo. Las enfermeras se agolparon como avispas, y la sedaron. Al despertar, tenía delante suyo al Doctor R. quien también lo golpeó con la locura como de quien prepara milanesas de carne, pero no le dolieron tanto los puños, como el hecho de saber que el psicópata había descubierto su identidad y se mofaba de ello.

—Paulino Lézan, hijo de una prostituta brasilera y un padre borracho, un periodista de cuarta, ¿Pensabas que desconocía tu intención de arruinar mi paraíso? —dijo con un cambio brusco y dramático de modales, mostrando una sonrisa de lobo de par en par.

—Su paraíso conmigo va a desaparecer, mis compañeros van a venir. Ya tienen la señal —Paulino reía nervioso. De pronto, perdió la conciencia. Al despertar de aquella tortura tuvo una laguna en la

memoria y sintió ser un fantasma durante unos minutos como consecuencia de los electrochoques en su cerebro.

Vagó por todo el recinto médico sin ser alertado por las enfermeras, y como era de noche se perdió entre las glicinas, atravesó el ciprés junto a la puerta de madera y piedras adosadas, y tambaleándose débilmente, distinguió lejos una cabaña.

Se adentró en ella, y entonces vio a una mujer junto a un niño recostados sobre una cama. La mujer lo vio, y le mostró la sangre que resbalaba de su cráneo destrozado.

—Remigio Rantés, él nos mató. —Señalando a las afueras de la cabaña, le mostró un sitio en el suelo en donde la tierra despabilada, como si hubiesen enterrado algo.

Laika, la perra blanca con manchas canela, salió debajo de la cama, y se puso a desenterrar con sus menudas patas. Paulino pudo observar con horror cómo unos dedos sobresalían de la tierra, y al mirar otra vez a la mujer, tanto ella como el niño habían desaparecido.

Distinguió una luz entre la arboleada. Era el Dr. R. Comenzó el corazón del periodista a latir con fuerza, mientras este se escondía entre los árboles; pese a su esfuerzo, fue visto por los ojos grises asesinos.

Fue increpado por el doctor, quien sacó un revólver. La pelea fue ruidosa: el periodista no solo luchaba por su vida sino por que llegara la luz a las víctimas, y aquella mujer cuya verdadera identidad era la de la esposa del doctor: Rosalía Leal y su hijo Hugo Rantés de tres años. En los medios había trascendido la noticia, pero la búsqueda se enfrió al no encontrarse evidencias.

Durante unos minutos en los que el revólver volvió a tomar control en las manos del Dr. R, Paulino comenzó a sentir que sus ojos se velaban de viejos recuerdos que no le pertenecían, de cada una de las muertes. Fue marcada en su memoria toda la vida la frase que oyó al unísono y que recordaba cómo: «no nos olviden, él debe pagar».

Fue entonces que volvió en sí. La perra del doctor le había mordido el pie y lo había hecho tropezar y

mientras el hombre se retorció del dolor, Paulino resolvió dispararle en la pierna derecha.

No deseaba matarle, quería que fuera condenado por sus actos; entonces le dejó allí malherido a sabiendas de que no tenía forma de escapar, con el fin de alertar a las autoridades. Laika continuó estando junto a su dueño, observándolo con ojos fríos.

Paulino volvió acompañado de un policía; la escena que halló allí sería digna de un teatro realizado por locos titiriteros fantasmales: cubierto de manos blancas en toda su piel, el hombre comenzó a llorar mientras reía.

Confesó, sin embargo, todos sus crímenes. Hoy cuando se hurga en la tierra para la creación de edificaciones, son comunes las noticias de hallazgos de cráneos de pacientes que habían sido víctimas del Dr. Remigio Rantés.

Con un total de diecisiete asesinatos, sigue sin esclarecerse qué ocurrió en el lapso de tiempo en el que el periodista lo dejó malherido y buscó a las autoridades del pueblo. Siendo una noticia que trascendió en el tiempo, siempre permanecerá como un absoluto

misterio qué fue lo que Laika atestiguó aquella noche de octubre de 1961.

Fue la mirada silenciosa de Laika, lo que dio lugar a que los antiguos pobladores aseguraran que fue un ajuste de cuentas del Más Allá.

Paulino Lézan adoptó a Laika, y se hicieron compañeros durante muchos años, convirtiéndose Paulino en un periodista reconocido.

Con la lupa puesta en el abandono de la calidad de vida de los enfermos con trastornos mentales, mejoró considerablemente la vida de quienes vivían en la clínica.

Vicente Artaud logró recuperarse, y con medicina consiguió salir y fue recibido por Paulino en su casa, convirtiéndose en buenos amigos.

El asesino serial Remigio Rantés murió por causas desconocidas dentro de la Cárcel del Fin del Mundo hace una década, mientras cumplía cadena perpetua.

La pérdida de Urquiza

Sonreía sin amargura, mientras le observaba escondido entre las rocas. El sonido de la corriente del río; en la espesura iluminada de la flora entrerriana si no caminabas por el camino trazado, el pasto te llegaba hasta la cintura.

El sueño era tan vívido que despertaba empapado, pese al frío invernal porteño. Recordaba ver a lo lejos un castillo colonial, pero la amargura ahondaba aun en la vigilia. Sí, estoy seguro que el caballero de ropas antiguas era Urquiza.

El episodio sucedió unas dos veces hasta que me dijo, ensangrentado y con ojos tristes, que me entregaría la Posta de San José. Al investigar, comprendí que se refería al conocido Palacio de San José en Entre Ríos.

Justo José de Urquiza tardó doce años en construirla, y solo pudo vivir dentro de ella unos diez años. Su brutal asesinato se perpetró dentro de aquellas mismas paredes, un aciago 11 de abril de 1870.

Sin dilatar más la espera compré un pasaje de un micro de larga distancia para viajar desde Buenos Aires a la provincia de Entre Ríos.

Sentí el cambio del aire tropical, el amoroso canto de las aves, las pinceladas de colores del paraje entrerriano. Finalmente, en la Ruta Provincial N° 39 kilómetro 128, en el departamento Uruguay, pude observar aún desde dentro del micro y con el resto de los turistas el anonadamiento que genera la imponentia de aquel palacio centenario y profundamente misterioso.

Estatuas iluminadas por el sol, con miradas que enardecían de poder representando a Napoleón Bonaparte, Alejandro Magno, Hernán Cortes, entre otros conquistadores.

«El prócer fue amante del poder y las batallas», ¿será verdad esto último que escuché decir al guía?, con voz de flauta aguda nos narró con sumo detalle cómo Urquiza había contratado dos arquitectos italianos para concretar aquel palacio y sus jardines. Medité sobre lo fácil que sería perderse entre esas treinta y ocho habitaciones, sin embargo, caminábamos como patos en

fila tras los dos guías que comentaban curiosidades que seguramente debían repetir como loros durante todo el día.

A veces reflexiono sobre cómo sería vivir en aquel lugar; sentía escalofríos y un pesar nostálgico, acrecentado al atravesar aquellas puertas similares al laberinto de Borges, pese a la delicadeza de su arquitectura.

Si bien estaba acompañado de mi guía, junto con otros turistas que estaban esperando entrar, mientras estaba en el portón, escuché un murmullo extraño. Al principio creí que provendría de las aguas del Río Guaymallén, mientras el fuerte vendaval azotaba los juncos. Aquel paisaje tan rústico y eterno me conmovió, y comenzaron a caer gruesas lágrimas de mis ojos.

—¿Se encuentra bien? ¿Necesita ayuda? —inquirió de buena gana el guía que estaba a mi lado.

—No, gracias por preguntar; estoy bien, se me irritan los ojos por alergia, —mentí. Incluso yo mismo desconocía la inquietud que sentía; era como sentirse observada por miradas invisibles.

Meditabundo y casi por inercia me dirigí hacia una parra que colgaba en la terraza, dentro del patio atravesándola bajo un trasluz de sombra y colores, escuché las risas de unas niñas que jugaban; llevaban grandes moños blancos sobre sus cabezas. Cuando me vieron, escaparon hasta perderse de mi vista, no alarmadas sino distraídas en su juego infantil.

Desde el portón asomó la figura del prócer, alto y pálido. Vestido no a la manera militar, sino con chaqueta entallada y camisa de seda. Su muerte había sido dada traicioneramente: podían observarse los agujeros de las balas, una incrustada en el lado izquierdo de su rostro (la cual prefiero olvidar) de la cuál borboteaba un hilo de sangre oscura añejada por el tiempo.

El cielo de la mañana se tornó un atardecer sangriento; podía escuchar claramente los gritos de los hombres armados que irrumpieron en el palacio.

Observé con horror el rostro contraído de Urquiza, la insania, las niñas mortalmente asustadas encerrándose junto con su madre en una habitación continua, mientras su padre iba perdiendo la vida.

Vuelvo en mí. Son las diez de la mañana, y tengo delante de mí a Urquiza, ahora vestido armoniosamente, sin herida alguna, con una leve sonrisa surcando sus labios. Con el silencio de un muerto y una mirada distinguida, me entrega una llave, la más hermosa que vi en mi vida, hecha de plata (con relieves propios de la época colonial argentina) y una gema roja incrustada en el centro. Le agradezco calurosamente, y pese a que le pido indicaciones, solo musita:

—Encuentra antes de que salga el sol todo lo que hemos perdido... —al pronunciar estas palabras, todo se desvaneció en el aire.

Me hospedé luego en un hotel cercano hasta que oscureció.

Por la noche, tomé valentía y me dirigí al palacio de San José, con llave en mano, y creyendo firmemente que aquel era mi destino, la espera que tanto había anhelado.

Al entrar por el portal, recordé cómo hacía un siglo cenaba en soledad bajo la luz de las velas, estresado por tantas guerras, entre aquellas treinta y ocho habitaciones, sin poder disfrutar un minuto con mi familia

Desterrado por el sol

Morí aquella noche de verano, aunque mis manos arrancaron una vida, también perdí la mía, como una especie de canje de sueños, desesperanzas de un muerto vivo.

Es un eterno decir, un adiós agotado lanzado en penosas tierras de cielo escarlatas, ensombrecido por jaulas de tamaño humanamente inhumanas, sorteo en mi mente que deberían desaparecer todas las cadenas. Solo existe un pequeño pedazo de tierra seca, habitado por pedazos de mi alma que se convierten en seres sustanciales, mentirosos. Solo puedo sonreír observando las nubes. ¿A quién le debo aquel sueño?

Camino sin rumbo, desterrado por el sol, arrancando balsas amarillas de sus dueños, dejando escapar a los peces botellas de las redes. Brillan las aguas transparentes del sol inca y sobresalen las casas coloridas, amarillas, y azules del barrio de la Boca. Te

perseguiría hasta el sol, pero cien años es demasiado,
escucha las sirenas en el mar.

Es increíble todo lo que uno puede vivir observando una
pintura de Quinquela, aunque desearía no haber salido
aquella noche; aun escucho los violines debajo del mar,
las manos rosadas flaqueando, sostenido de una ilusión.

Espejismo del leviatán

Se elevan las aves heridas que Aurelio Polión creyó muertas, y agacha su cabeza esperando el sermón materno, pero nada. Su madre mira asustada el horizonte del mar, mientras se distinguen naves de mar oscuras como una anguila que zigzaguean en aguas peligrosas. Aurelio nunca había visto aquella mirada de su madre; solo volvió a presenciarla cuando Aurelio regresó tras haberse dado de baja voluntariamente de las filas romanas.

Enviaba cartas, pero desde hacía seis meses su familia no le devolvía respuesta.

Antes de partir, había tenido un furibundo altercado, y frustrado por creer que su madre también no había salido a su favor, escribió una carta que hoy se conserva tras milenios. Dice así: “He preguntado innumerablemente por ustedes, madre, hermanos, pero ninguno de ustedes se digna responderme ni una sola de

mis cartas, ni tampoco en preguntarme cómo me encuentro.”

Cuando volvió a su tierra en barco tras darse de baja en las filas, notó la expresión joven de su madre desde la lejanía; aquella misma escena de su recuerdo: una enorme ola sumerge su pueblo natal hasta que no queda nada. Se había visto a sí mismo: un Aurelio Polión niño al lado de su madre mientras el vendaval despeinaba sus rubios y enrulados cabellos y en sus pupilas se veía reflejado como una bestia marina de enormes colmillos, abominable.

Laberinto de Attis

Safo enciende el incienso: ha empezado un nuevo día en su escuela congregada a Afrodita. Ahora enseña a sus alumnas tras guiar los rezos.

De las jóvenes, sobresale una cabecilla; una joven de tez oscura, que pese a ser portadora de una belleza exótica (seguramente por tener sangre de esclavos traídos a Grecia), dista de parecerse a los cánones grises de belleza de las estatuas griegas que hoy perduran.

—Tu mano está mal... sujetas demasiado fuerte; ¡Ah! ¿Piensas seguir haciendo lo mismo? Bien... —se impacientó Safo.

Attis era terca. Llevarse mal con aquella gran señora hizo que se ganara la enemistad de varias jóvenes, entre ellas, Anactoria.

El cielo, de un envolvente azul entre la neblina, observando desde arriba la ciudad, pues el templo se halla sobre un monte pedregoso rodeado de olivos que

Safo con mucho empeño ha logrado germinar y mantener con sus aprendices.

De los repugnantes rumores acerca de sus quehaceres, que iban desde la supuesta lascivia hasta las relaciones entre las practicantes y su maestra, las jóvenes estaban hartas. En la ciudad de Lesbos, eran observadas bajo diversos tipos de miradas; pronto Attis prefirió quedarse en soledad dentro del templo y coincidentemente, mientras las niñas en sus ratos libres salían en grupo a jugar y observar en los comercios los frutos y productos exóticos, Attis pasaba tiempo en los jardines o recitaba elogios a su diosa.

Safo difícilmente quería a alguien, pero cuando lo hacía amaba con un amor medieval, y tomó mucho aprecio hacia Attis.

Pero Attis escondía un secreto bajo aquellos luminosos ojos grises y nadie hasta el momento que escapó supo la razón; debajo de su paladar había consumido parte del mundo, una esfera que mostraba cuanta ciudad existiría sobre las tierras aún arreciadas por estrellas y arrullos de los antiguos.

Crecía en el jardín una hierba que Attis había germinado desde su llegada, y que, en una veintena de amaneceres llegó a alcanzar el techado del templo, le llamaron «Atlas». Cada vez que anochecía, Attis besaba cada una de las hojas. Y la marca quedó impregnada en las hojas asemejándose a pisadas.

Attis no deseaba irse, y cuando aquella mañana no encontró más que el vacío dentro de las paredes del templo, sumió a Safo y a las niñas en una profunda melancolía. En la noche oscura del alma, la poetisa detuvo la melodía de su arpa y escuchó el llanto de una voz infantil perderse contra el estruendo de las olas. Luego, una fuerte borrasca hizo que se refugiaran.

Mientras guiaba a las niñas, un resplandor blanco la hizo voltearse. Vio un alma oscura que se lanzaba a las aguas. Safo la persiguió, y se arrancó las uñas al sujetarse con una rama, pálida de muerte.

De los labios salió la esfera terrestre, y el cuerpo se marchitó. A la mañana siguiente, cuando la tormenta calmó descubrieron que la planta de Attis se había

secado, y que una nueva niña, de cabellos rojos como los bretones, rogó ser parte del templo.

Safo la hizo entrar, pero antes le ordenó que abriera la boca y le dijo que no debía ser un problema para ella ser obediente, pero la niña se negaba, hasta que la mujer se enfureció tanto de su desobediencia que puso la rama marchita Atlas; entonces la esfera resbaló de los labios de la niña.

Al caer, estalló sobre la cerámica, y así se fragmentaron todas las artes y quedaron muchas pérdidas bajo el mar.

Canto de las musas

Hay una fuerza electrizante como el canto de las musas que atraviesa su garganta, la cual hoy, muerta y enterrada, sé que alguna vez cantó himnos y tuvo el elogio de grandes compositores.

Sí, por supuesto hablo de ella. La niña francesa, Leónie, esa que vivió un tiempo de aquí para allá, y cuyo canto, se decía, era como el repiquetear de una campana. Voz pura del pensamiento.

Son como los ámbares salados del mediodía, luces de muerte que encierran mi pensamiento y me obligan a pensar que quizás sean los días siguientes los que me alientan, los que me olvidan.

Se escucha el comienzo del vals; la lluvia anuncia la llegada de los paraguas traídos para que las personas pudieran guarecerse de las gotas, emocionados por aquel invento innovador. También brillaban los frascos con las acuarelas armadas por la niña, que se ha convertido en una joven que pinta el anunciamiento del génesis

argentino mientras sus pisadas apresuradas parten desde el Cabildo, testigo silencioso de lo ocurrido hace siglos.

Bestia arbórea

El claro rocío sobre las hojas del viejo abedul, sobre aquella bestia arbórea que había percibido durante milenios las raíces tiernas de otras hierbas, los minerales, el apoyo del reino de los hongos, y el olvido, quizás desprecio, no podía saberlo, de los seres fuera de los reinos.

Una vez llegó a coronarse un rey allí, un joven asirio esclavo de una familia rica que huyó desde tierras separadas por mar y ancladas por el destino.

Bajo la tierra se esconden todo tipo de rencillas invisibles al ojo humano, no hay nada que las bestias arbóreas ignoren de la superficie, notan lo esencial: el clima peligroso, el magro, el cálido y suave. Cuando el joven asirio escapó perseguido cruelmente, acorralado y

cerca de la muerte, cayó dentro de un hueco de tierra y en la espera salió.

Pero un día claro, tras la avenida del agua abrasiva y el temblor de la tierra, avisado por los hongos de una conexión de peligro, percibió fuego. Una batalla donde la carne de los perdidos sin alma se convirtió en el abono de la bestia y su séquito, la sangre tiñó el río y los charcos, y las hojas se cubrieron de manchas.

La bestia arbórea creyó que aquel esclavo rebelde era el rey de reyes, y nunca se quitó la impresión de haber tenido su cuerpo colgado en sus ramas; en el cráneo florecieron sus flores como homenaje cada luna creciente. Eran unas flores azuladas únicas en el interminable mundo. Con solo imaginarlas, existen.

Dos siglos más tarde, equipos de científicos iniciaron una investigación sobre la flora del lugar; les impresionaron las marcas rojas de aquel árbol milenario. Al principio pensaron que se debía a una mutación genética. Extrañamente, no lograron dar respuesta

alguna y el árbol fue talado tras tantos amaneceres para ser investigado de manera más profunda.

La bestia arbórea cayó recientemente, y su estrépito sordo desde la lejanía significó el vacío. Quizás sea el destino de los personajes importantes: un segundo plano por la cínica mueca de la muerte.

Liberaste a la «Banshee»

El cielo comenzó a nublarse por la tarde. Puse a calentar una tetera en la cocina, con agua hasta la mitad, pero bueno, es solo para mí. Entretanto se escuchan truenos. La puerta no está siendo azotada por el viento sino por la pobre perra que, asustada, pide entrar. Eloísa le teme a las tormentas, uno tampoco puede levantar una escoba delante de ella porque piensa que uno le va a pegar, qué triste el daño que han hecho. Cuántas bestias habrá que conviven con nosotros o caminan por los rumbos que tomamos, después de todo, los perros que vienen de la calle y que traemos a casa han atravesado cien caminos que, sin embargo, desconocemos.

Poco a poco se curan, pero como las personas heridas, tienen cicatrices que se vislumbran en sus ojos vidriosos, alertas de un suceso similar.

La tetera silba, el agua ya está lista. Mientras le ponía azúcar al té, con Eloísa a mi lado, escuché un azote en la puerta, como de pezuñas rasgando la madera. Tomé

de la mesada el cuchillo de cocina. Estaba malditamente sola, justo ese día mi hermano había salido con unos amigos, mis padres en el trabajo. Se cortó la luz.

Como no podía ver por las cámaras, llamé por el celular, pero olvidé que justamente se me habían vencido los datos. ¿Qué más podía salir mal?

De pronto los golpes cesaron. Mi corazón tomó un respiro. Pero luego vi cómo Aloísa gruñía. Delante de nosotras apareció un niño deforme con la espalda encorvada. Durante unos minutos nos observamos.

Afuera un sonido me avisa que llegaron mis padres; rápidamente tomé las llaves para abrirles, pero el niño corrió hacia mí y me gritó con voz gutural:

—No les abras, por todo el cielo...

Lo lancé fuera de mí y me dirigí rápido hacia la puerta para encontrarme con mis padres. Al verme ni siquiera me saludan. Me preguntan maquinalmente, casi como en un interrogatorio, si esa criatura me tocó. Cuando les respondí afirmativamente mi madre se llevó sus manos a la boca y mi padre me ordenó meterme en el auto.

—¿Qué pasó papá? ¿A dónde vamos?

No responden nada, solo silencio sin respuestas.

Vuelvo a preguntar a mi madre, esta vez contesta a los gritos:

—Liberaste a la maldita «Banshee», Eliza, ahora vamos a morir todos...

Profecía paterna

—¡Un Ortiz Rozas pacifista! Solo lograrás sentarte en este trono cuando tu padre esté muerto... —decía Don Narciso, que le dejó como única herencia aquella poltrona de madera de roble, y la biblioteca de la oficina.

Su hijo mayor, Geranio Ortiz Rozas se adentró a la oficina, y observó la poltrona con los ojos húmedos dado que Don Narciso había muerto y lo habían velado la noche anterior.

Entonces se sentó, escuchó un crujido, y se tumbó. Avergonzado, intentó sentarse, pero sintió un escalofrío fulminante.

La poltrona se había desbaratado, lo que sería lógico tratándose de una silla centenaria, pero en el interior había un pergamino.

Fecha de veinte años antes de los hechos, era un pedido de auxilio. Dentro contenía un sobre con una larga correspondencia roída por la humedad.

Ortiz Rozas como buen lector, asimiló en carne viva los sufrimientos de aquel Salvatore D' Malva que buscaba en tierras argentinas a su amante, (acerca de la cual claramente tenía sentimientos encontrados) y había seguido en un impulso de un barco que lo trajo a Buenos Aires. No sabía cómo comunicarse en español. Ortiz Rozas sabía italiano, y se preguntó si pudo encontrar a Azalea, una bonita muchacha con hoyuelos en las mejillas y cabellos canela. Tampoco sabía el destinatario, pero cuando terminó de leer las cartas, leyó el pedido de auxilio, donde especificaba una dirección.

Ortiz Rozas tomó su gabán, se puso las botas, y se despidió de su perro.

Pero entonces la poltrona comenzó a moverse, y el muchacho sintió un escalofrío, pero se intentó tranquilizar creyendo que sería obra del viento. Entonces, de la madera salieron gotas de sangre oscura. Luego el presagio desapareció, y recordó a su abuela Dalia, quien veía sangre caer en las paredes por una desgracia futura.

—Bienvenido, ¿qué necesita? —dijo un hombre de sesenta años de edad, fornido y bronceado por el sol. Ortiz Rozas distinguió un acento italiano que consideró agradable.

—Necesito arreglar esta silla, es una reliquia familiar que rompí por mis kilos de más, ¿Cuánto me saldría su restauración? —dijo Geranio esperando una ligera risa, pero nada. En la mirada parda del tano surcaron diminutas lágrimas.

Se sirvieron unas copas, y contó Salvatore D'Malva las penurias por las que pasó, cómo apenas podía comunicarse, y que había sido interrogado duramente por el padre de Geranio. Don Narciso era un injusto hombre. Lo había golpeado, sacudido, y en un escape Salvatore logró escribir unas cartas que llegaron por una paloma mensajera hasta la comisaría. Pudo ser rescatado tras un infierno. Ortiz Rozas se disculpó de parte de su padre, y por haber leído sus cartas.

—Quiero saber que sucedió con Azalea, ¿logró encontrarla?

—Azalea Lombardi. No hay un día que no piense en ella, crecimos juntos, y la seguí en el velero Anita, pero eso fue cuando tenía dieciocho años. Ella terminó siendo la concubina de Don Narciso ¿puede creerlo?, una infame arpía. ¿Te envió tu padre a buscarla? —dijo el italiano, cínico.

—¿Cómo? ¿Dónde está? No, yo he venido por mi cuenta.

Salvatore D´Malva levantó la poltrona y con ella golpeó la cabeza de Geranio Ortiz Rozas, y dentro de la madera asomó un cráneo que conservaba unos mechones canela.

Ortiz Rozas fingió estar muerto y recostado en el suelo esperó a que el asesino bajara la guardia, y en sus visiones recordó haber conocido a Azalea, la posesividad de aquel hombre, y su padre maldiciéndolo como toda su vida por no ser su hijo. Claro, él era hijo de Azalea y de Salvatore D´ Malva.

Todo caía en su peso, Dalia Lombardi veía en el pasado sangre en las paredes y no le habían creído por su

senilidad. Geranio Ortiz Rozas dio muerte a su verdadero padre cumpliendo la profecía de Don Narciso, para sentarse finalmente en la poltrona destinada.

Ha pasado un siglo

Ha pasado un siglo, y un roble centenario ha tomado conciencia de ello: piensa en la ausencia de la niña que lo germinó con sus menudas manos, cómo con su cabeza gacha revolvió con alegría la tierra cuando descubrió que la bellota se había hinchado y nacía el génesis de su existencia.

Arrancar, cortar de cuajo todo aquello que nos une como las micorrizas de un viejo pino, un hilado fino de aviones en la noche. El caballero se orienta, se entenece, llora al despedirse cuando sabe una conclusión, el final, la despedida es lo que lo hace volver a ser niño.

Antoine de Saint-Exupéry camina angustiado dejando atrás la avioneta con los ojos, que pese a estar opacados por el cansancio y la frustración del fracasado vuelo, brillan al encontrar su mirada en el castillo argentino escondido en el paraje entrerriano. Las princesas

argentinas juegan con los zorros y murmuran en un interesante francés.

Sospecho que el mal de ojo en un iris agrietado de venas escarlatas es una condena para un lector, y el pesar aumenta cuando se trata de un escritor con la inagotable intención de comunicar, gritar letras y lanzarlas contra muros invisibles.

Así el castillo perdurará como tantos castillos argentinos que se llevó el viento.

El crimen de las flores de Bach

La puerta estaba extrañamente abierta. Teseo Bach, que regresaba de comprar las medicinas que el doctor le había encomendado, entró con sigilo al notar que puerta estaba abierta. Sin embargo, no encontró rastros ni de su mujer, ni del canoso doctor.

Los muebles habían sido cambiados del lugar; en el aire encerrado del ambiente había un fuerte perfume dulce. Cuando Teseo denunció la desaparición de su esposa Cordulla, fue ignorado en la comisaría. Sin embargo, siguió insistiendo, pero la única respuesta que obtuvo por parte de las autoridades fue que, para empezar, su esposa nunca estuvo con él en el viaje.

Teseo y Cordulla habían viajado desde Marleich a Buenos Aires, (algunos testigos aseguraban la presencia de una anciana mayor, aunque su recuerdo era inexacto) Pero la desesperación del muchacho se acrecentó cuando solo su nombre estaba en los papeles y

documentos, y la justicia parecía ignorarle, tanto en su país como en aquella tierra porteña.

Parecía ser que Teseo había perdido la cordura, pero él aseguraba que quien había sido el culpable del robo y la desaparición de su esposa había sido el doctor que la había atendido aquella noche.

Mientras tanto, con su insistencia, Teseo logró que aquel caso fuese uno de los más enigmáticos, tanto así que llegó a las oficinas de los jóvenes detectives de Garden.

Una fresca mañana en Buenos Aires, dos jóvenes investigadores esperan en las calles Lesdiamour y Aborletten, el tranvía que las lleve a su trabajo.

—Vamos capitán, no vaya tan rápido, mire que no estamos llegando tarde —replicó quejosa Clavelaura.

—No me llames así, y no quiero volver a ser blanco de las burlas de nuestros colegas, todo por tus payasadas, —le contestó su compañero Rosalúis.

Clavelaura es una joven de estatura baja, con una energía social inusual. Se jactaba de ser la única compañía del excéntrico Rosalúis Rozas.

Rosaluís es un joven misterioso; se rumoreaba que mantenía una deuda con Gardeliana Suárez, directora de la oficina de desapariciones, pero, por supuesto, esto era lo que decían las mala lenguas.

Distante y lógico, siempre perfectamente vestido y arreglado, sus compañeros tenían mucho cuidado de hacerle enojar; Rosaluís tenía un aire de asesino, de esos que matan con «guantes blancos».

Dentro de su saco de paño negro, Clavelaura escondía un gato. Estaba estrictamente prohibido tener animales en la residencia de los trabajadores de siniestros, por lo que casi siempre llevaba consigo al pequeño minino llamado Arturino.

Podríamos decir que hacían un dúo muy especial, en la agencia procuraban crear competencia. Jóvenes de entre diecisiete y antes de los treinta años, hacían el “trabajo sucio” de los casos de desapariciones, por así decirlo.

La competencia en este caso era Amadeus y Gabriel, que llevaban ya una racha de tres casos resueltos. Enemistados con los muchachos, no podían Rosaluís y

Clavelaura soportar aquel dúo de jóvenes de cabellos rizados, hijos de la directora.

Primero interrogan a Teseo Bach, un hombre de alrededor de unos treinta años, con profundas ojeras, descuidado, pero con una voz firme y calma.

—Mucho gusto Dr. Bach, soy Clavelaura Veral y mi compañero es Rosaluís Rozas. Nos gustaría ahondar en más detalles sobre su caso, si bien ya leímos su informe.

—Mi mujer y yo partimos desde Marleich el 10 de abril. Por lo que, al día siguiente, a primeras horas del mañana, reservamos el hotel.

—¿Podríamos ir a ver el hotel donde se hospedó? ¿sigue viviendo ahí? —interrogó Rosaluís Rozas.

—Se llama «Amanecer». Sí, desgraciadamente no hay otro lugar que me quede cerca de donde logré conseguir trabajo...

Ambos salieron de la agencia. En el camino, rodeados de los edificios de Puerto Madero, y árboles de intenso color amarillo, tomaron un bus que los llevó a la avenida Cineraria, mejor conocida como uno de los sitios más

longevos y mejor paridos desde la asunción de la solemne emperatriz argentina, Clematís Peranha.

Allí, tras media hora de viaje, está el hotel «Amanecer». Al entrar en la habitación en la que sucedieron los hechos percibieron un extraño aroma que Arturino, el minino gris, pudo percibir con su agudo olfato.

—¿Qué sentís Arturino? Camina y dime...

—¿Cómo? —preguntó Teseo.

—Está hablando con el gato, discúlpela, hábleme a mí si no le importa, Dr. Bach...

—Teseo a secas está bien para mí.

—¿Cómo era la apariencia del doctor? ¿Dio acaso alguna información antes de desaparecer?

Mientras Rosaluís escuchaba atentamente la descripción del misterioso doctor, la muchacha siguió a su gato, quien caminó olfateando muy alerta hasta llegar a donde había una enorme alfombra terciopelada. Debajo de la misma había unos extraños mechones de cabello. Con una bolsita, Clavelaura juntó estos cabellos; al elevar su

mirada advirtió que había perdido de vista a ambos, entonces su mirada se posó en una medalla dorada que brillaba a la luz del sol. Tenía una inscripción que decía: “Remedio de cinco flores”. La joven comprendió entonces que no era en realidad una medalla, era un recipiente con un líquido dentro.

—Hay algo que no cierra, Dr. Bach. ¿Usted no tiene como profesión la medicina?, ¿Por qué salió a buscar al médico? —interrogó Rosalúis.

—Yo no fui a buscarlo... Había olvidado muchas de las medicinas que utilizo; es más, no supe muy bien porqué se descompensó Cordulla, fue todo tan rápido...

Clavelaura observó disimuladamente el rostro de Teseo; algo no le cerraba de este personaje.

«Podría ser, pero, ¿qué asesino busca y presiona para la resolución de un caso que está enfriado desde el comienzo? No es él, pero tampoco puedo descartarlo del todo; después de todo, puede mostrarse así porque la familia de Cordulla está tomando cartas del asunto en la región de Marleich...» pensó.

Se despidieron de Teseo Bach y ambos se dirigieron a cenar en el restaurante La Mére.

Pese a frecuentar este sitio, son una compañía curiosa. La figura larga de Rosaluís, sus ojos grises, aunque su rostro no fuese agraciado, la gracia varonil y elegante lo favorecían mucho. Clavelaura era una muchacha exuberante con expresión de hada, incluso de sirena. Quizás parte de este glamour se perdía en cuanto los escuchasen discutir acerca de quién tenía la razón.

—Flor de boba, todavía no sabemos la verdadera identidad del asesino secuestrador... ¿Cómo se te ocurre hacerte pasar por Cordulla? Es peligroso...

—Pero usar viaje estorniano es la mejor opción, alto riesgo, me importa un comino... Prefiero eso a volver a ver el gesto victorioso de Amadeus y su rata abomina...

—dijo Clavelaura, sin terminar la oración por haberse ahogado con un pedazo de milanesa.

—No hables mientras masticas, tomá agua.

«El viaje estorniano» no es un viaje en el tiempo como tal, es una proyección astral al pasado, aunque en

realidad es mucho más peligroso, pues la muerte en esta dimensión significa una muerte cerebral en el plano físico. Clavelaura insistió al respecto hasta que finalmente Rosalúis aceptó. La muchacha cerró los ojos, mientras su compañero mira atentamente el pasar del tiempo en el reloj.

Clavelaura ve al Dr. Bach paseando por los jardines de jacarandás y a su esposa que se desmaya; casualmente aquel doctor aparece en escena y le toma el pulso. El misterioso doctor era un anciano de cabellos y larga barba blanca.

No hubo tiempo de presentarse o por lo menos, cuando estaban de camino a su hospedaje (que estaba a unos diez minutos del lugar), el muchacho le agradeció y le preguntó su nombre, a lo que este vagamente contestó: Magnolio.

Clavelaura se quedó aún cuando Dr. Bach fue a buscar no medicina sino un medallón; no ha salido de su casa como había dicho sino que seguía dentro de ella.

La joven sintió que algo le quemaba el bolsillo del abrigo. Al escuchar su compañero sus exclamaciones de dolor, la despertó de su trance.

—¿Qué viste? —preguntó el hombre.

La muchacha entonces narró con sumo detalle lo que acababa de vivir.

—Pero Magnolio es un apellido, casi un cuarto de la población tiene ese apellido...—dijo impaciente Rosaluís.

—Ah, y casi olvido lo más importante —dijo Clavelaura mientras buscaba en sus bolsillos el medallón—, encontré esto en el departamento del Dr. Bach.

—“Remedio de cinco flores” —leyó Rosaluís, pensativo, y agregó: —Lau, menos mal no lo entregaste para que analizaran las muestras. Intentemos abrirlo.

Al intentar abrirlo, solo encontraron un líquido. Para que no se le escape, cerraron el medallón de nuevo.

—Mañana veremos qué hacer, está oscureciendo...

Camino a sus departamentos, Rosaluís y Clavelaura notaron que los estaban siguiendo, entonces se miraron a los ojos, y se separaron. Conocen la ciudad como la palma de su mano, ya que desde su infancia han recorrido cada recoveco secreto que antaño servía a la resistencia monárquica, tal es así que, al bajar ambos en los distintos túneles, se encuentran.

Pero la persecución fue terrible: tres hombres encapuchados empezaron a perseguirlos con saña.

Uno de estos alcanzó a Rosaluís y lo empujó; este lo golpeó y logró ver su rostro. Era un hombre de ojos rojos endemoniados y una larga cicatriz que comenzaba en su pómulos derecho y terminaba en la comisura de sus labios. Además, bajo la escasa luz del faro, pudo divisar que sus cabellos eran blancos.

Clavelaura le dio un ágil arañazo al hombre que la perseguía y pudo escapar mientras entraba en acción su amigo, cerrando la compuerta. Siguieron corriendo y escucharon como un eco cada vez más lejano los golpes violentos de aquel asesino intentando entrar.

Serían cerca de la una de la madrugada y ambos seguían deambulando por los túneles subterráneos bajo la ciudad porteña.

—Parece que esto es mucho más que la desaparición de una abuela.... ¡Ay, Rosa, me parece que esto es lo que llaman «un florero de malas hierbas»! ¡Esconde pandillas y organizaciones turbias...!

—No sabía que eras tan miedosa, Encarnación.

—Ya te dije que no me llames así —refunfuñó Clavelaura—. Ese anticuado nombre no suena para nada parte del imperio de las flores argentinas...

«El Ejército floral del Imperio Peranha-argentino» estaba corrupto desde sus cimientos. Desde el año 1816 se encargaba de secuestrar niños huérfanos provenientes de tierras más pequeñas y empobrecidas para entrenarlos; a los doce años los entregaban en las oficinas de jóvenes detectives. Una de las más pequeñas se llamaba «Garden». Es tal el grado de adoctrinamiento y lavado de cerebro, que muchos niños pierden la capacidad de hablar su lengua materna e incluso

hablando más lejos de su trauma, niegan su identidad. Ese era el caso de Clavelaura, la muchacha que ha tomado el nombre de la flor del clavel, pero cuyo verdadero nombre era Encarnación Garofano, apellido que significaba «clavel» en italiano.

Son comunes los nombres que deben homenajear a las fuerzas armadas; Rosaluís era el Rosaluís IV de su generación: Rosaluís Rozas. Su familia había sido parte del complot asesino que había arrebatado la vida de la reina madre de Clematís Peranha. Cuando esto fue descubierto, fue el fin de la Dinastía Rozas.

Las oficinas del «Garden», a simple vista parecen las de un edificio blanco sin nada especial pero, sin embargo, ese espacio funcionaba de día como lugar de operaciones, un espacio en el que se entrenaba y adiestraba jóvenes según niveles. Por la noche, los jóvenes también dormían allí, bajo un estricto régimen horario.

Sobre este tema, los castigos por transgredir la regla de estar *in situ* puntualmente diferían; en el peor de los casos perderían el caso.

Ya eran las dos de la mañana.

Rosaluís se acercó a la puerta, pero la muchacha lo detuvo:

—Estás loco, ¿qué haremos si suena la puerta? Propongo escalar y entrar por las ventanas —dijo temeraria Clavelaura.

—Haz lo que quieras, yo entraré decentemente, la noche movida se te subió a la cabeza...

La muchacha hizo una mueca (que él no vio) y escaló sin problemas la ventana. Al hacerlo, advirtió que estaba cerrada por dentro.

—Maldición, tendré que despertar a Dalia...

Dalia dormía profundamente, (en la cabeza de Clavelaura la pericia le había parecido tan fácil) Estaba, entonces, por abandonar la empresa, hasta que vio cómo se abría la ventana. Alguien desde dentro la ayudó a entrar.

—Pero si vos sos tan bueno, Rozas, me salvaste...

—Buenas noches —respondió secamente.

A la mañana siguiente, los hijos de la directora, Amadeus y Gabriel, hicieron su aparición como ayuda para encontrar al misterioso doctor.

Amadeus y Gabriel son hermanastros. El primero de ellos, mayor respecto al otro por un año, resulta insoportable por su ego; nadie soporta su compañía, pues Gabriel, opuesto a él, apenas habla, pero cuando lo hace, sostiene intuiciones que extrañamente son ciertas.

Lo primero que ambos descubrieron fue que evidentemente Teseo había dado falso testimonio. Nunca había salido, y ningún testigo había visto entrar al supuesto doctor al hotel. Además, al ser «el viaje estorniano» una práctica pseudocientífica inventada por Clavelaura, no podrían interrogar al Dr. Bach como sospechoso.

En el equipo forzosamente formado se decidió durante el día investigar y por la noche recabar la información; en un primer momento, Clavelaura pensó en guardarse la información del medalloncito, pero la segunda vez, al ver el estado tan desmoralizador de los recién llegados parientes de Cordulla que habían llegado a la capital,

comenzó a pensar que claramente no podía meter sus caprichos cuando se trataba de ayudar a recuperar a una persona desaparecida.

De pronto, notando la mirada de la muchacha, la hermana de Cordulla, una mujer enorme y vestida de negro vestida a la moda, se acercó a ella.

—Con que este país hace trabajar a niños, qué lástima siento por ustedes. Mi hermana era tan buena, se habría alegrado de que tuvieras esto...

—Era, todavía no hallamos su cadáver... ¿Cree que está...?

Con una sonrisa de par en par, dejó en el bolsillo de la muchacha un papel con el mensaje:

11:11 perfume. Bach.

La mujer se alejó, pero la muchacha, más rápida, se paró delante de la puerta.

—No puede irse. Dígame lo que sabe.

La mujer la tomó del brazo disimuladamente, como si estuvieran caminando juntas, mientras, entre susurros le narra la historia de la monarquía floral.

—Crees que estás tratando con humanos, pero en realidad estamos acabando con flores humanizadas... La emperatriz Clematís es el claro ejemplo... ¿Por qué crees que las personas se enferman y toman el nombre de flores?

—Porque esos nombres nos acercan a la emperatriz — interrumpió Clavelaura.

—¡No! te han lavado el cerebro. Mañana recibirás una llamada, si dejas de pensar así vendrás sola y verás la verdad...

Era extraño ver a Clavelaura tan taciturna; comenzaron a intercambiar información, pero esta jamás aludió a todo lo que aquella mujer había dicho. Por lo visto, estaba segura de que estaba muerta Cordulla.

Al notar que ahora intentaban cooperar, Amadeus salió a los suburbios a buscar al hombre de la cicatriz que había atacado a Rosalúis y a Clavelaura.

Gabriel, curiosamente, no quiso acompañarlo como siempre hacía. Solo se sentó y dijo:

—Hay que esperar que sean las 11:11; hay que buscar donde hay agua, y uno debe esperar junto al teléfono. ¿Esperan que atienda una mujer?

—¿Quiénes, hermanito? —preguntó Amadeus, pero su hermano ya no respondió y volvió a su lejano mundo mental.

—¿Esperar? ¡Claro que no! Hay que evitar pisar donde ellos desean... —Se quejó Clavelaura.

—¿Pisarles los talones dices? ¡Qué graciosa eres, Encarnación! —Se burló Amadeus, pero calló cuando Rosalúis le dio un coscorrón.

—Solo yo puedo llamarla así.

Gabriel exhaló un suspiro de impaciencia y mirando su reloj decidió seguir su plan de buscar directamente a los pandilleros. Después de todo, todavía tenía tiempo como para quedarse sentado a almorzar, mientras esperaban la llamada, tal como hacían ambos chicos, si bien era creyente de la profecía de su hermano menor.

A las 11:11 de la mañana, tal como había predicho Gabriel, sucedieron una serie de hechos extraños: en el suelo del jardín había mechones de cabellos blancos y, por si fuera poco, cuando todos estaban fuera, comenzó a sonar el teléfono. Atendió Clavelaura.

—Buenos días, ¿quién habla?

Se escuchó una distorsión en la llamada y luego la voz de una muchacha.

—Sí, habla Clematís Peranha, emperatriz del Imperio argentino de las flores.

Cuando Clavelaura iba a contestarle comprendió que la llamada había sido interceptada. Una voz le contestó:

—Bueno, ¿cómo van las dosis de médula que te receté? ¿Siguen asqueándote? —dijo una voz masculina que Clavelaura reconoció como la del Dr. Bach.

—Búrlate si quieres, pero fui humana...

—Ahora bien, ¿hay alguien más escuchándonos? ¿puedo sentir su respiración? —, dijo el hombre, amenazante.

—¿Qué estás diciendo? ¡Trae hoy mi medicamento de las cinco flores!

—Calla mujer, no des más detalles y ve a la intersección de la calle Real 40, Flor de doctor... —la emperatriz cortó la llamada. El Dr. Bach había sido delatado.

—Salgamos, el Dr. Bach va a reunirse con la emperatriz...

—¿Anotaste la dirección? —Preguntó Rosalúis.

La muchacha, mientras tanto se colocó su abrigo para salir; el muchacho instó a Gabriel a llamar a su hermano para saber dónde está.

Gabriel lo llamó. En cuanto atendió Amadeus fue evidente: corría peligro. Tras el ruido de unos extraños golpes y voces agitadas, colgaron el teléfono; ahora se encontraban con la ausencia de un compañero.

Los tres salieron de inmediato a la calle indicada por la emperatriz. Rosalúis había barajado la posibilidad de que aquello podía ser una trampa, por ello cargó su antiquísimo revólver calibre 32.

También tenía la sospecha de que Clavelaura le estaba ocultando información; había notado cómo ella esperaba junto al teléfono mucho antes que Gabriel diera aquella predicción.

Al llegar a la calle Real 40 todo está tranquilo. Entonces fingieron ser clientes de una heladería y se sentaron en las mesas de afuera a esperar.

—Hace tanto frío... pensar en tomar un helado para vigilar...

—Encarnación, ¿te pasó algo? Estás actuando extraña...

Clavelaura miró para otro lado, nerviosa.

—¿Por qué lo preguntás?

Gabriel, semejante a un gato silencioso, es ahora el único que está tenso mirando la intersección de la calle.

Rosaluís comienza a nombrar cada uno de los detalles con suma minucia, por lo cual Gabriel cree que ella recabó información y no quiere contarla. Tiene tres hipótesis; la primera es que está siendo amenazada, la

segunda, tiene que ver con su pasado, la tercera, también tiene que ver con su pasado y su lavado de cerebro.

—¡Estoy harta de que me digan que me han lavado el cerebro! —estalló la joven.

—¿Quién fue la otra persona que te lo dijo? —interrogó Rosaluís.

A regañadientes Clavelaura contó todo lo que le dijo la señora, y le mostró el papel.

—Eso no te hace sucesor de sus malos actos, Rozas... No quiero que hagas algo estúpido como matar a la emperatriz, vas a terminar siendo un forajido, vas a terminar peor que si murieras y terminaras en una zanja...

—Mi deber es vengar a mi familia; no es justo que me hayan quitado todos mis títulos, en más, has sido testigo de las injusticias de este sistema. No podría perdonarme mirar para otro lado. Necesito acabar con este imperio. En este país debe haber libertad... —contestó el joven sin titubear.

Clavelaura reflexionó en silencio. Sabe que no puede frenar ni de cerca las ambiciones de su mejor amigo; comprende también que éste no está equivocado, pero a su vez tampoco en lo cierto... ¿Cómo podría ser enemigo del sistema sin terminar muerto o peor por su causa? La muerte de Rozas le parecía inaceptable.

Gabriel les avisó que apareció en la escena el doctor que había visto Clavelaura. En ese momento, el doctor abrió un frasco. Comenzó a inundarse el ambiente de un fuerte perfume dulzón, el mismo que antes habían sentido en la habitación del hotel «Amanecer». De pronto, el frasco se inundó de larvas, y fue en ese momento, que hizo su aparición la emperatriz de las flores, una muchacha delgada vestida con un fantástico vestido de seda verde. Por sus rasgos faciales se parecía a Clavelaura: el espacio entre los ojos, incluso el rubio de su cabello eran similares.

Los tres muchachos en ese momento salieron a escena; Rosaluís, a punta de pistola, les pidió que no se resistieran. Internamente se debatía acerca de si sería

conveniente aprovechar el percance para dar fin a la emperatriz...

—Veo que llegaron temprano... Yo los traje a este lugar. Espero que me maten aquí mismo... —dijo con voz tranquila la emperatriz.

Estas palabras lo tomaron por sorpresa. Clematís, quien alguna vez fuera «Ptolomea», una joven corriente que había perdido con el tiempo su humanidad, ahora deseaba fervientemente morir para no ser parte de la conquista del Reino Vegetal.

Clavelaura intentó correr para detener a Rosaluís, pero este no flaqueó y disparó. Amadeus se interpuso entre ambos y murió en el acto luego de disparar dos veces, el segundo tiro termina dándole a Clematís.

La sangre de la emperatriz de las flores comenzó a correr por los adoquines de la calle. Encarnación empalideció al ver que su amigo, aún con el arma entre sus manos, sigue allí; la muchedumbre comenzó a tomar conciencia de lo sucedido. En ese momento, ella toma del brazo y escapan.

«Ahora sí marcó su destino, y con esto, el mío también», pensó fatalmente Encarnación.

También algo se rompió dentro de Gabriel quien juró vengarse de Rosaluís algún día.

Algún tiempo después, Rozas y Encarnación lograron dar con el hermano del Dr. Bach, llamado Epistemio Bach. El cuerpo de Teseo fue encontrado en el canal del río cercano, y aquellos cabellos blancos eran lo único que habían reconocer de Cordulla, cuya médula fue extraída para el mercado de humanos del imperio de las flores.

—¿Cómo sabes el nombre del doctor? Yo no se los dije; es más, tienen ustedes mi medallón...

—No sé de qué nos habla. Y no me gusta el tono de su voz, cálmese Doctor — dijo Rosaluís.

Clavelaura ató cabos y le contestó

—Por «el viaje estorniano»...

—¿Cómo?

—Es un arte no comprobable pero certero; acaba de volver a casarse aun cuando su mujer no se enfrió de la tumba... —lo increpó Rosaluís.

Clavelaura intentó explicar que era una manera, una percepción extrasensorial, que solo ella padecía.

Luego de escucharla, el homeópata comenzó a reírse.

—Eso solo lo hacen los monstruos próximos a heredar el imperio, es decir, tienes sangre de los Peranha. Asesino de las flores, tarde o temprano vas a tener que eliminar a tu amiga...

Conejito

(A mi abuela Graciela Mollo)

A lo lejos, unos naranjales con sus hojas desnudas susurraban una ausencia. Hacía toda una vida que Conejito se había vuelto un recuerdo descolorido cuando él, en otro momento alegraba a los niños regalándoles budines y dulces. Gracia solo supo de su destino cuando ya abuela y dueña de la llave de su tiempo viajó temprano en colectivo para visitar a su amiga y empleadora. Desde jovencita trabajaba como empleada doméstica, y dos cosas le recordaban su infancia perdida: las muñecas y los dulces.

Al cruzar el umbral de naranjos, recordó el budín de naranja casero que le traía Conejito.

—¿Quién es Conejito?, me suena ese apodo —preguntó curiosa la señora Faustina mientras se ponía sus gafas enormes. Entonces Gracia le explicó que, si bien desconocía su nombre, recordaba que era un hombre

mayor, bajito y generoso que les traía dulces a los niños y vivía en situación de calle.

—Conejito se llamaba en realidad Giraldo Romero, hace muchos años falleció; él era doctor, pero había perdido la cabeza cuando falleció su mujer y su hija en un accidente. Desde entonces, aun con todos los recursos para vivir bien, vivía en la calle...

Gracia quedó pensativa; mientras atravesaba el naranjal (aquel pasadizo que Conejito bien conocería) pensó que quizás le regalaba dulces porque ella era el reflejo de una hija que dejó de existir así como un día él fue un fantasma de un vago recuerdo infantil que tomó vida un aciago día de agosto, cuando las naranjas aún estaban en flor.

Una bendición desgraciada

A las sombras del arrabal del mes de julio, Neze abrió una lata de sardinas; mientras llevaba el bocado a sus labios, una gaviota ladrona huyó con el frugal almuerzo en su pico.

Al no ser aquello lo único que le habían robado aquel día, Neze lloró amargamente en el puerto; una emoción de mal augurio en un sitio de espera que puede ser infinita. Mientras lloraba, la diosa de la desgracia, Bieda, le alcanzó un pañuelo.

—¿Por qué lloras? —le preguntó.

—Hoy me han robado mi bicicleta porque olvidé ponerle candado; ahora hasta un ave me roba, ya no sé qué hacer conmigo...

En ese momento una mujer resbaló por un charco congelado y cayó al agua con la mala fortuna de golpear su cabeza con el puente; se escuchó entonces un tumulto y un graznar de gallinazos. Al mirar a su lado, la mujer sintió un susurro y vio un pañuelo bordado con

un apellido: «Richaun» o «Richaus» (no recuerda exactamente)

Neze desconocía el origen del pañuelo, y caviló que podría tener relación con el buen porvenir que le aseguraba su fallecida madre, la única que llegó a esperanzarle con palabras bondadosas para un niño bendecido únicamente por la diosa de la desgracia.

Rarash

La bruja de los Vientos, llamada Eldaine, hacía años se había autoproclamado emperatriz de Amórias.

Rarash, un mercenario esotérico había intentado asesinarla, pero ante su fracaso, ella lo convirtió en un ser sin destino ni propósito en un mundo donde cada cosa tiene su lugar y función.

Muchos años después, Rarash conoció a un joven quien se volvió su amigo, cuya voluntad era la de encontrar venganza por la masacre de su pueblo; el joven se consideraba el «último de los shee» grupo que fue asesinado en su totalidad por la emperatriz bruja.

Ahora Amadán y Rarash emprendieron el comienzo de sus andanzas para llegar a su verdadero destino: el lejano imperio de Amórias.

En la mayor parte del viaje se la pasaron en silencio. Había en el shee un aire de nobleza que hacía que se distanciasen.

Aburrido, Amadán comenzó a encapricharse con bajar del cielo:

—Mira, allí hay un pueblo; está lleno de árboles de burbujas, vamos, quiero ir...

—Amadán, tenemos que tener cuidado. Vos no la conoces, Eldaine es terrible, y su sirviente es aún peor. Yo estaba cerca de llegar y me llevó a un lugar más lejano para que empezara de nuevo mi viaje...

—Molinito, molinito, bájanos por favor —pidió con amabilidad Amadán al molino. Para sorpresa de su compañero, éste comenzó a descender lentamente a la entrada del pequeño pueblo.

—¿Cómo puede ser?, Este pedazo de madera no me hace caso al menos que lo controle de manera manual.

—Es un artefacto mágico antiguo; en el pasado de la Antigua Edad Mágica los hacían de manera que hasta tuvieran sentimientos. Por esa razón no deberías tratarlo así, no es como los juguetes nuevos que usan hoy día...—Explicó Amadán.

Cazaron unas liebres de las hojas, las cuales sirvieron para una frugal cena. Amadán, aunque insoportable, llegó a ser bastante útil, pues para encender el fuego utilizaba unas chispas que se originaban de sus mejillas. Rarash se sentía aliviado: ya no tenía que lastimarse las manos con las rocas cuando oscurecía y debía calentar algo.

No tardó la bruja Eldaine en enterarse que Rarash estaba acompañado y envió sirvientes de la tormenta. Tronaron con sus cañones el cielo, y se desplegaron las estrellas danzantes.

—¡El fuego, maldita loca! —gritaron ambos, irritados.

La cena y el fuego sufrieron por la intensa lluvia. Tanto sufrió el fuego mágico de Amadán, que se marchó rápido y su dueño no pudo detener siquiera el que mantenía resguardado en sus mejillas.

Tuvieron que buscar refugio a toda prisa. Aguardaron debajo de una flor denominada «*Silvestris Jarronencsis*», flor que en el herbario de Amadán servía a los viajeros del lugar para guarecerse de las tormentas.

Amaneciendo comenzaron los problemas; el fuego de las mejillas de Amadán estaba débil, necesitaba ir a ver un curandero; sin embargo, fuera faltaban varias horas de viaje.

A los minutos de volver a emprender su vuelo, Amadán, debilitado, se desvaneció y cayó fuera del molino de los vientos. Rarash trató de sujetarlo, pero terminaron cayendo juntos. Ante este fatídico acto, el molino volador desapareció de la vista de todos.

Mientras caían, el esotérico tuvo una visión de los tiempos en los que tenía un propósito. En sus sueños vio a una muchacha, el secreto, los demonios, y la lluvia que no paraba de caer. El agua estancada le produjo arcadas. Debajo suyo estaba Amadán, cuya piel, dura como la de un planeta, le amortiguó el golpe.

—¿Dónde estamos? —se preguntó Rarash. Se adentran entre la espesura de la exótica vegetación, y se acercan a la luminosidad de una ciudad cercana. Ante la excesiva humedad, el lodo, y la evidente arquitectura amoriana de la capital Buen Aire, comprendió incrédulo que habían llegado a destino contra todo pronóstico.

Rarash analizó la situación y comprendió que su amigo debía ser cargado porque caminaba con dificultad.

Sin mediar palabra, lo subió a su hombro. Amadán, casi sin energías, se resistió pero finalmente se durmió.

El esotérico pensó en su largo viaje, en el rostro angelical de su amigo, en las mentiras que tuvo que mantener para no volver a terminar solo.

Quizá algunos olvidan que una bruja de los vientos, tras cumplir cierta cantidad de años divide su naturaleza en dos seres: un hombre y una mujer.

La bruja de los vientos, Eldaine, había elaborado una historia, con amigos y enemigos, con un protagonista llamado Rarash, y la masacre de los shee dada por otra apariencia, otro nombre.

Amadán no lo sabe, pero duerme y come junto a quien busca. Es así como a veces nuestros amigos son en realidad la venganza que anhelamos, pero cuya historia desconocemos.

Poesía subterránea

Los jacarandás de la capital del aire estaban en flor, perfumando aquel encuentro en su camino al cementerio de Recoleta.

«Sus ojos eran como horneros, aunque hacía tiempo ya que ningún ser vivo se adentraba entre sus cuencas», escribía. Mientras anotaba aquellas palabras, una ráfaga de viento se llevó la hoja. Bajo una estatua pensó: «Debe estarse anunciando mi muerte».

Recibió una llamada de una amiga, una joven entrerriana de su mismo pueblo natal; se reunieron en el café que antaño visitaban los escritores que hoy escriben bajo tierra, pero inspiran recitando en el viento.

«Ziryab» y la luna uña de gato

¿Cuándo habrá sido que observé la luna como uña de gato en el horizonte? Mientras me devano los sesos en vano, podría suponer que fue ayer. Tiene pues, de especial este breve recuerdo: cuando la observé en aquel momento me prometí internamente volver a verla por la noche, porque cuando es mediodía se ve poco clara, blandengue, poco voluntariosa. La luna no quiere ser vista cuando está desmaquillada; a veces se encuentra de menor humor que su ciudad fugitiva perdida en las fraguas de minerales errabundos. A veces duerme tanto que yo apenas recuerdo si la observé ayer o si han pasado diez años, cuando caminaba de la mano de mi madre. O si la observó mi tatarabuelo cuando emigraba de Italia.

Luna, has visto tantas promesas pasar, y ahora mientras escribo no puedo verte: el cielo se ha nublado en una oscuridad marina borrosa. Siquiera las estrellas iluminan mi camino, apenas distingo unas hojas sin detalles, como

una pintura surrealista. Han sobrevivido en la oscuridad eterna solo un ente salado llamado «Ziryab».

Ziryab, un mirlo que cuando escuchaba una nueva melodía, se transformaba en humano para transmitirla... Fue entonces, un músico eterno, con distintos rostros y caracteres, que solo nacía cuando había una luna con uña de gato.

Oleaje pródigo

«Olas rosadas, olas blancas», pensaba Victoria mientras en una pausa de su lectura observaba la portada de “Las Olas” de Virginia Woolf. Aquel libro la había inspirado a alejarse, distenderse del estrés, mientras anhelaba la compañía del silencio marino.

Las olas del mar era lo que Victoria anhelaba ver, porque desde su más tierna infancia recordaba la casa de verano de sus abuelos donde sentía en las plantas de sus pies la arena caliente y cortante de los vidrios del mar.

El precio del hotel había sido bastante económico, pese a tener una bella vista del mar en Puerto Montt. Contra todo pronóstico, el día que tuvo que partir llovió con una tormenta que para su hermana Eleonora, fue la excusa perfecta para que la aristócrata y delicada Victoria abandonase su empresa de hacer una escapada al mar. Pero contrariando su pensamiento, su hermana emprendió igualmente su viaje.

La luz que atravesaba la ventana era como el principio de una devastadora tormenta en un mar violento, incomprensible. Aquella crueldad sobrenatural, golpeando el muelle con su viento gélido, como cachetadas en el rostro de Victoria, la obligó a cerrar la ventana.

Cuando la tormenta calmó, alrededor de las diez de la mañana, preparó su bolsa de compras de tela color mate, y llevándose un paraguas color carmín, salió a comprar su comida. Para su tristeza, la mirada de los pobladores era de desconfianza, acaso de miedo; incluso los niños la evitaban.

Mientras tanto, en la habitación desordenada y en penumbra, un prófugo se adentró a través de la ventana mal cerrada; tras haber pasado tanto frío, se sirvió café en la taza de Victoria dañando la taza con sus manos torpes. Tan a gusto se sintió en medio del bulto de ropa, que olvidó salir.

La joven, al despertar, se acercó a la cocina, y como era su costumbre, tomó su vieja taza de café. Notó en ella una fisura que no estaba antes. Al abrir la ventana su

mente recordó que se había mudado. Rodeada de cajas de mudanza todavía por ordenar en la penumbra de su habitación, resolvió desayunar con tranquilidad observando el mar.

En una caja abierta había fotos de personas vacías, de rostros fáciles de olvidar, «menos el de Victoria... Sus ojos de sirena, su cabello entre castaño y rojizo, sus ojos cafés, te seguirá, aunque haya una inundación», pensó el prófugo.

Así, fantasías y ensoñaciones, cayó dormido. La alerta debido al mal temporal hizo que muchos comercios cerrasen sus puertas, y las compras de Victoria quedaron a medio terminar. Lo que habrían sido unos espaguetis de tuco, ahora eran fideos con queso. Pero aquello no impidió que comprara su café, irremplazable mate cocido, y dulces para poder pasar la tarde.

El hombre entonces se levantó y abrió la ventana para escapar, pero el estruendo fue tal que la joven se alertó y llamó a su hermana, quien tardó en atenderla.

Con un cuchillo, el prófugo amenazó a la joven y le indicó silencio; la reacción de la joven, sin embargo, fue sacudirse cada vez con más fuerza: la ventana estaba abierta.

El prófugo, asustado, lanzó el cuchillo a una esquina y corrió despavorido hacia la ventana. Al arrojarse a través de ella resbaló con el agua de la lluvia e impactó contra el concreto.

Desde ese día la vida de Victoria no fue igual: cada día, a las 12 del mediodía su ventana se abría sola y el espíritu del prófugo Guillermo Aguilar, semejante a una siniestra sombra, se lanzaba desde su piso y recreaba la escena.

Sus amigas incluso fueron testigos del proceso en el cual la ventana se abría de par en par, en el minuto preciso, y hasta los más escépticos no podían entender aquella sombra. Otoño, la amiga treintañera de Victoria se atrevió a tocar con su mano el hombro de la figura y estuvo dos días en cama, con arañazos inexplicables en su hombro.

Poco a poco Victoria perdió amistades, lo sobrenatural de aquel departamento hizo que su melancolía aumentase.

Finalmente volvió a la casa. La casa de Eleonora era una bella casa de dos pisos con un cuidado jardín de orquídeas y narcisos; en la entrada de la vivienda sintió tranquilidad ya que estaban sus sobrinos vestidos de marineritos tomando té en una mesita. En cuanto entró a su habitación abrió las ventanas y sintió una mano fría y una voz:

—Victoria, no estás donde debes estar... —susurró la voz de un hombre.

Su hermana encontró a Victoria tendida en el piso, llorando con la ventana abierta. Tras consolarla, le pidió que la siga, debía mostrarle algo. La llevó de la mano, tal como cuando eran niñas; para Victoria aquella cálida mano, siempre dura y tendiente a guiarla, ahora estaba más fría, disimulando el miedo.

En las fotografías del álbum había recuerdos, el oleaje bravío que Victoria recordaba bien. Entre suspiros y

nervios, Eleonora sintió compasión por aquella muchacha ingenua que sonreía tenuemente. Luego aparecieron fotografías que solo mostraban un océano furioso, bramante, y una cara blanca como la de un fantasma.

En ese mismo momento se escuchó un ruido; algo cayó por la ventana del primer piso. Agitadas, se levantaron y escucharon los gritos de Adán y Eva, los hijos de Eleonora. Eva había caído del primer piso, y lloraba desconsoladamente mientras su hermano desesperado buscó a su mamá, y con la respiración agitada no podía hablar claramente. Solo repetía una frase una y otra vez: —El hombre...

El crimen de Beatrice

La niña del vestido verde dormía abandonada en las tierras altas de mares y lluvias extraviadas. Había asesinado a su padre, y tanto ella como su madrastra le habían dado muerte con una maza y lo habían lanzado del altillo del castillo para hacerlo pasar como un suicidio, o por lo menos aquello se rumoreó sobre aquel parricidio que escandalizó a toda la sociedad italiana del siglo XV y que aún hoy, tras varios siglos, se rememora en una pintura empapada por las lágrimas de una niña cuya voz llegó a los ojos del papa de aquel entonces. No obstante, no recibió ninguna mano tendida en pos de ayuda.

Caía una llovizna que dejó sobre su cabello un rocío semejante a una tela de araña y sus manos estaban rosadas del frío.

El extranjero se adentró en un bar. Acomodó su gabardina en el perchero, y se sentó, a la par que encendía su pipa. En ese momento sus ojos se posaron

frente a una pintura viviente, una niña que, por sus rasgos era en realidad una mujer desnutrida, harapienta. La piel de su rostro brillaba por el fuego de las velas como un óleo.

El extranjero, enternecido por aquella figura se acercó a ella para preguntarle si se encontraba bien; los ojos grisáceos de aquella muchacha se volvieron los de una fiera asustada que marchó corriendo del lugar.

La segunda vez que volvió a verla fue cuando la llevaron al patíbulo de la muerte. Fuera, la muchedumbre se reunía excitada por la ejecución de Beatrice Cenci, autora del parricidio y el despellejamiento de su hermano.

Entonces Bardomiano Fausto se crispó, y mientras el verdugo preparaba la guillotina, aprovechó sus demoníacos contactos para hacer aparecer una figura que parecida a la marchita Beatrice, pálida y delgada.

La noble familia enemiga de los Cenci tenía un lugar privilegiado desde la extensa vista que el pabellón les

entregaba para entretenerse ante la ejecución, Bardomiano se acerca a ellos, sonriente.

—*Buon pomeriggio a tutti*, aunque en primer lugar debería presentarme, soy Bardomiano Faustus.

El patriarca de los Ferruzzi, un anciano de pobladas cejas blancas vestido elegantemente, se limitó a analizarlo. Uno de sus criados intentó forcejear con el extranjero para echarlo del lugar, pero Bardomiano Faustus simplemente lo esquivó.

—Esperen, déjenlo. ¿Qué desea como para importunarme la vista del espectáculo del día de hoy, forastero?

—Solo un poco del tiempo que le queda. Dígame, ¿qué esconde junto al cuerpo de su hijo?

Los testigos, en su mayoría criados, pudieron observar cómo el peso de las palabras del misterioso caballero hizo palidecer al anciano. Entonces se dibujó en su rostro una sonrisa amistosa, y lo invitó a cenar un día en su casa.

—Primero quiero que levanten todos los cargos de las mujeres y del muchacho de los Cenci, entonces con gusto le acompañaré.

—¿Cómo? ¿Por qué retrasar la condena de asesinos? Mira toda la gente congregada, imposible...

—¿Quiere deshacerse entonces de la muchacha que usted embarazó o desaparecer de una vez a la lamentable novia de su hijo? —Replicó Bardomiano, con tono imperante.

—Cállese, ¿cómo se atreve a difamarme de ese modo? Bien, alto, se suspende la ejecución —gritaba agitando los brazos en alto para que el verdugo suspenda justo a tiempo el movimiento de la guillotina.

El público bizarro comenzó a proferir todo tipo de insultos hasta que uno tuvo la grandiosa idea de lanzar piedras. La sangre de los rebeldes y ansiosos que no pudieron llegar a la otra orilla se mezcló en un espectáculo de horror acuático.

Vincenzo Cenci, tío paterno por parte de Beatrice, se acercó en cuanto resguardaron a Beatrice Cenci, a sus

dos hermanos menores y a su madrastra. Vestía con la extravagancia de la época; durante años había ejercido su profesión de banquero y tenía envidiables conexiones con el comercio. En carácter siempre, había sido más temeroso y cauteloso que Francesco Cenci, hombre que tendía a la agresión y no tenía consideración con nadie.

El papa Clemente VIII, por medio de una carta lo había atosigado para que por nada del mundo dejase salir una palabra de lo que dijera la *strega*. De este modo, el destino de Beatrice Cenci cambió y pudo abrir los ojos un día después de su supuesta ejecución. Abatida, miró el techo, y luego la ventana; a través de ella sintió el aroma frutal de las grosellas, los frutos rojo sangre. Pensó en el destino de sus hermanos. Cuando había muerto su madre, su padre se deshizo de ella enviándola a un internado, donde creció hasta sus trece años con la paz de una colegiala que fuera de los muros del colegio nada sabía de la crueldad. Peor, se arrepentía de no haber escrito cartas de auxilio mucho tiempo antes. Creía que el matrimonio con su madrastra cambiaría a su padre, o bien que el tiempo la haría conseguir esposo y podría así escapar de la casa paterna. Había dilapidado tinta en

cartas de auxilio en vano, incluso escribió en aquellos momentos furtivos cuando su padre salía por negocios, al propio papa.

«Todos ellos fueron cómplices» sentenció silenciosamente Beatrice.

El castillo de los Cenci, perdido en los páramos solitarios fue el sitio donde estuvo cautiva durante meses; atacada por los zancudos, dormía hacinada junto a sus hermanos, que por el trato tan maternal que les proveía, casi parecía ser su madre.

Había luchado durante años sola, protegiendo a sus hermanos y dirigiendo hacia ella los abusos, los cuales, por el trauma, llegaba a olvidar, aunque no así su cuerpo. Pero cuando descubrió que su padre había replicado en ella lo mismo a su hermanastro, una bestia se apoderó de ella.

Se habían orquestado unas salamandras de la noche a su alrededor, entonces cuando una de ellas pensaba ponzoñosamente carcomer su alma, se abrió la ruidosa

puerta de madera con tal estruendo, que los guardias que dormían se agitaron bruscamente.

Bardomiano como abogado demoníaco que era, sabía reconocer la mirada de alguien que conoce secretos. La reconoció: se trataba de Lucrezia Petroni, la joven madrastra de Beatrice. Cuando se adentró a la celda de ella, comprendió la razón por la que la joven viuda había sido llamada «la tigresa» durante su agitada juventud.

Encomendó a uno de sus criados leer el veredicto, mientras ella lo observaba. En ese instante, le pidió que se detuviera y le dijo que tenía evidencias de que todo aquello se trataba de un complot para terminar con los Cenci, dado que su esposo, enemistado con el papa y corrupto, había invocado al demonio.

Bardomiano Fausto sonrió, le explicó que no hacía falta que presentara un papel, porque él sabía.

—Pero serán entonces tus palabras y las mías... —
Masculló la mujer.

—En el jurado no se tratan de pruebas, sino de tratos y promesas, —murmuró pensativo el abogado, dejándola confundida.

En realidad, Bardomiano Fausto era la prueba viviente de un pactante, y sabía congraciarse con las altas esferas de la sociedad. Pidió una reunión con el papa, la cual le fue concedida para extrañeza de todos, a tiempo récord.

Se dice que el papa creyó que era Bardomiano un enviado del Rey de Francia, sin embargo, en cuanto trataron, se desengañó y comenzó a estirar la lengua de más porque detrás del abogado, había un gato. Al mirarlo mejor, se trataba de un leopardo.

—¡*La strega!* —gritó, y la tierra tuvo durante todo un verano una epidemia de chinches que perduran incluso hoy en Europa, no por la brujería, sino por la desaparición extraña que ocurrió en el vaticano cuando el demonio arribó en tierras romanas llevándose consigo a la princesa de los Cenci.

La casa de la lluvia

Hacía años que Lokni había abandonado su hogar, y no lo extrañaba; solamente añoraba los tiempos perdidos, el jardín de su abuela, la deliciosa cocina de su madre, pero todo aquello ya no existía sino solo en su memoria, porque cuando lo perdió todo comenzó a convivir con su tío, un borracho que acostumbraba levantarlo en medio de la madrugada entre empujones y coscorriones para que le comprara cerveza.

Una fresca mañana de primavera, mientras se refugiaba de las gotas inclementes de la lluvia que quemaban sus manos rosadas por el frío, tuvo lugar un suceso que cambiaría su vida. Las gotas de la lluvia cesaron de caer: quedaron detenidas en el aire y comenzaron a unirse, ante la mirada impresionada del joven, hasta formar una casa de dos pisos.

Lokni, con la curiosidad que le caracterizaba, se acercó a la casa, y al notar que debajo de ella se desbordaba de aguas que estancaban las alcantarillas, giró el picaporte

de la casa. Ni bien cruzó el umbral y aun con su pie en el aire, la Casa de la Lluvia reanudó su viaje.

Habitaba la Casa de la Lluvia, y había conocido distintas tierras; había aprovechado para vivir aventuras, porque sabía que la casa lo esperaba. Sin embargo, la soledad en la cima era profunda, porque jamás volvía al mismo sitio, y si lo hacía, pasaban meses, incluso años, y los amigos que había hecho en el camino no eran sino cáscaras de lo que habían sido en su juventud.

Una jovencita de un pueblo costero preparaba su ajuar; abundantemente perfumada de rosas. Las ancianas prepararon su cabello, pintaron sus labios con un carmín rojo, y la vistieron con telas celestes y blancas y un bordado de flores. Rue era una joven novicia que iba a ser sacrificada para atender a los dioses. Debía llover de nuevo. En su brazo derecho Rue llevaba a escondidas un reloj, y dentro de él seis semillas de maíz y unas cáscaras de papas.

Rue no quería morir, había sido condenada porque no tenía a nadie en el pueblo que quisiera ver perecer a su hija, huérfana y desgraciada; guardaba su reloj carmesí

como una reliquia, y su plan era escapar y plantar las semillas lejos del pueblo.

La Casa de la Lluvia había tenido un mes de retraso, y Lokni, desde los cielos, observó la apagada procesión, y distinguió la figura de la novia desgraciada. Rue sintió fresca su frente, miró hacia arriba y notó que una mano sobresalía en el aire, dirigió su mirada hacia sus lados y comprendió que solo ella podía verla. Entonces escuchó la voz de un muchacho quién le pidió que estire su mano para poder escapar.

Mi abuela, Aurelia del Valle, rememoraría años después ser testigo de cómo la novia se esfumó en el aire y durante semanas llovió.

Al principio, el pueblo tuvo gran alborozo porque finalmente, tras un mes de intenso calor y sequía, llovía. Se sentía en el exterior el aroma a frito de las tortas fritas, como era costumbre en las tardes lluviosas; entre toda aquella alegría infinita, pocos recordaron a la huerfanita.

Una noche, tras la partida de la muchacha sacrificada, un gran estruendo agitó a los habitantes de Tekoha. Al

principio, aquel hecho fue ignorado, pero con el tiempo la lluvia no se detenía.

Las mujeres enmudecían cuando los rayos no paraban de caer; había confusión sobre el origen de los golpes durante la noche, pero pronto, por la mañana se esclareció que el estruendo era ocasionado por el padre adoptivo de Rue, quien, al ser un comerciante ambulante, había regresado desconociendo el destino de su hija.

Al enterarse por la explicación de Aurelia del Valle, cesó de golpear las puertas, y decidió adentrarse a la colina por donde su hija había sido llevada. Rue, desde los cielos quería bajar, pero Lokni le dijo que ya no era posible: «cuando una persona entra en la casa de la lluvia, su tiempo de vida es diferente y la lluvia la persigue.»

—Pero quiero volver... —Insistió la muchacha.

Al final, Lokni le explicó que, por el bien del resto, tendría que regresar.

Como el muchacho no era bueno con las palabras, y sinceramente sabía la catástrofe de las lluvias intensas,

no fue escuchado por la muchacha porque creía que aquello era una amenaza.

Desde los cielos, Rue descendió y abrazó emotivamente a su padre. Volvió a convivir con él, aunque preveían una mudanza por no confiar en sus vecinos. Pasaron los días, y la lluvia antes tan bienvenida, ahora impedía que la ropa se secara, el moho tiñó de verde el pan, las tortas fritas, las mesas, y los niños moqueaban y se enfermaban.

Al poco tiempo, marcharon hacia la casa de Rue, y la culparon de haber enfurecido a los dioses.

Mientras el padre de Rue preparaba un fuego para calentar la casa, la muchacha le explicó lo que Lokni le había dicho. Su padre, serio, le respondió:

—Prepara todo, partiremos por la mañana.

Por la noche, sin embargo, la muchacha sigilosamente se dirigió a la colina, llamó a Lokni, y él le abrió las puertas; justo cuando estaba por cerrarla, el padre de Rue puso un pie dentro.

La Casa de la Lluvia por dentro parecía acogedora, aunque hacía un frío de muertos, había una mesa blanca con sillas, y en la poltrona del medio estaba Lokni.

—No te la lleves, es mi hija, te agradezco por salvarla del sacrificio, pero debe haber alguna otra manera...

Lokni ayudó a entrar al padre de Rue, y le explicó que había estado consultando los registros de la Casa de la Lluvia y había una manera de dejar de ser un poseído. Sin embargo, para hablar con la casa, únicamente quien renegaba de ser un poseído podía hablar con ella, no podía haber oyentes.

—Este es mi hogar, por lo que decidí no ahondar más para evitar perderlo —explicó sinceramente Lokni.

—Pero, ¿cómo debo hablar con la Casa de la Lluvia?

Lokni trajo un registro que era en realidad una roca con palabras talladas en lengua antigua. Ninguno de los tres sabía leerlas, pero Lokni descifró unos dibujos de una casa y unas líneas.

—Parecen las manecillas de un reloj... —Murmuró la joven.

Había un sentimiento oculto en Lokni: interiormente no quería que Rue fuese libre, y que tuviera la misma vida. Veía la presencia del padre adoptivo de la joven como un impedimento. Aquella roca era un señuelo: no había nada que adivinar, o eso creía él.

Pero Rue y su padre comenzaron a relacionar el tiempo, la eternidad de la lluvia, y los relojes.

—El reloj es la manera que tiene el hombre para medir el tiempo, haré el mejor reloj y lo colgaré en la Casa de la lluvia...

Fue así como había hecho la base de madera del reloj, pero tuvo que pedirle al relojero que lo preparara. Sin embargo, le cerraron las puertas. Cuando lo veían pasar, como si fuese un paria, el pueblo se encerraba en sus casas.

Apenado, recordó el reloj floral de su difunta esposa y lo trajo a la Casa de la lluvia, pero al volver al lugar pactado, no solo había dejado de llover sino que esperó a que la Casa de la Lluvia volviera.

Se dice que de tanto esperar, se convirtió en una flor que espera la lluvia, y el pueblo, por su egoísmo, se convirtió en un desierto inhabitable. Cuando la Casa de la lluvia regresó, la rosa del desierto floreció para ver a su hija perdida una vez más.

Un escrito para Rutka

(Manuscrito escrito el año 2021)

Quiero recordar cada 12 de junio a Rutka. Sobre todo, por los hechos que me ocurrieron personalmente entre el año 2021 y 2022, cuando en los tiempos de pandemia, comencé a pintar retratos en acuarela sobre Rutka y su familia, como una especie de homenaje histórico.

Ante todo pronóstico, recibí el aprecio de una descendiente, la prima hermana de Zahava Laskier, (la medio hermana de Rutka). Ella había visto mis dibujos y le alegraba ver cómo el mensaje de Rutka llegaba a otros lugares, fuera de Polonia.

Poco después recibí un mensaje de David Szydłowski, el primer editor del cuaderno de Rutka, y también el presidente de la Fundación Rutka Laskier. Este último fue muy amable conmigo, y me dijo que podría contestar cualquier duda que tuviera respecto a Rutka, también me preguntó si le daba permiso para exponer mis dibujos en su página de Facebook.

Lo que en principio fue interés en la historia de Rutka, se volvió sentimiento; las palabras de Rutka no solo habían traspasado el tiempo, sino también el espacio, y comprendí que por más jóvenes que podamos ser, las expresiones pueden servir como una gran comunicación capaz de traspasar muros y culturas.

A diferencia de Ana Frank, la joven escritora redactaba su diario para sí misma y no para futuros lectores, aunque creo que tenía una faceta literaria: además de su diario escribió cuentos cortos como «Invierno en el gueto». En coincidencia con Frank, ambas habían nacido el mismo día y el mismo año, un 12 de junio de 1929, no obstante, en tierras distintas.

En el gueto de Bedzin, Rutka vivía en un departamento con una sola habitación junto a su hermano pequeño Henius, sus padres y su abuela.

Las calles estaban ensombrecidas por la continua violencia; los nazis golpeaban con saña a cualquiera, arrancaban a los bebés de los brazos de las madres y los asesinaban brutalmente.

En su diario, Rutka plasma la idea de rememorar lo que vive, por más angustiante que sea. Lo que duele es percibir cómo con solo catorce años siempre aclara que «podría no estar viva al día siguiente», y que aun harta del encierro y del horror, de la sangre y de los peligros, «una parte de sí misma quiere seguir viva.»

Aun bajo el miedo constante y los sentimientos enjaulados, encerrada en un gueto gris y recordando su pasado, un pasado breve en donde podía salir al cine por la tarde y viajar en invierno para esquiar con su familia, Rutka llega a escribir para dejar algo después de su muerte. En realidad, ella tenía una conexión con la muerte, no solo por la dureza de su situación, sino por su conciencia, la cual dejó plasmada en la primera parte de su diario: «Lo que está más allá de este mundo, es la roca de la que más puedo sostenerme en los momentos de mayor ansiedad», más tarde, esta roca sería su diario, un lugar en donde confesaría sus sentimientos.

En su cuaderno apunta sus sentimientos e ideas con una escritura muy delicada; a veces la tinta tiembla y se vuelve esquiva, ella misma describía sus cambios de

humor, y cómo algunos días se ponía pantalones para salir afuera, su deseo constante por ver algo hermoso como las flores de un durazno por más que estuviese trabajando en un taller, en muy malas condiciones, reparando el uniforme de un alemán.

Solo pudo escribir entre enero y abril de 1943, y cuando escondió su cuaderno, ella y su amiga Stanislawa, una joven polaca, prometieron que al terminar la guerra se reunirían y que, en caso de no ser posible, ella guardaría su diario, recogiénolo dentro de un hueco entre las maderas de las escaleras de su casa.

Rutka nunca regresó. Y como habían pactado aquella vez, su amiga guardó su diario durante setenta años, hasta que quiso compartirlo al mundo, para no ser la única que recordase la historia de Rutka, una joven sensata y valiente, la misma Rutka que se enamora de un muchacho y sufre de mal de amores y también la que se enteró acerca de las cámaras de gas y otros sucesos que por aquel entonces se desconocían. Su modo de narración es tan misterioso como las páginas arrancadas de su diario. Su amiga nos deja entrever, asimismo, que

Rutka probablemente formó parte de una resistencia.
Eso, no obstante, nunca lo sabremos.

Su escritura llegó a nosotros cuando su voz abandonó
este mundo. Voz con identidad propia, no número ni
raza, sino voz que pudo alcanzar no solo al resto de su
familia que vivía en Israel, sino al resto del mundo.

ÍNDICE

Vestigio de estar vivo	7
Buenos Aires amarilla	8
La tetera de la amistad	10
Retorno del dios muerto	12
La apuesta con la muerte y el «senet» egipcio	20
El desaparecido	25
Travesía de un alma incomprensida	49
Soy un escritor aficionado	51
Lluvia eterna en Frescos Aires	54
Torre de los huesos	55
Macondo de totoras	56
Esporas de cristal	61
Mentiras de un demonio bonaerense	70
El teatro de la locura	77
La pérdida de Urquiza	84
Desterrado por el sol	89

Espejismo del leviatán	91
Laberinto de Attis	93
Canto de las musas	97
Bestia arbórea	98
Liberaste a la «banshee»	101
Profecía paterna	104
Ha pasado un siglo	109
El crimen de las flores de Bach	111
Conejito	136
Una bendición desgraciada	138
Rarash	140
Poesía subterránea	145
«Ziryab» y la luna uña de gato	146
Oleaje prófugo	148
El crimen de Beatrice	154
La Casa de la Lluvia	162
Un escrito para Rutka	170

Impreso en GRÁFICA MAGIA
La Matanza, Provincia de Buenos Aires
en octubre de 2024



¿Cuántas primaveras trascorrirán hasta la llegada de un eterno retorno?, ¿qué habría sucedido si la poeta colombiana María de las Estrellas habría vencido su prematura muerte?, ¿y sí el prócer Urquiza podría regresar como un ánima para prestar la llave de su palacio?

Son más de treinta relatos fantásticos que requieren de la compañía de un brebaje como un mate cocido para su digestión de pensamiento.



Zoe Abril Gauna nació el 03 de octubre del año 2004 en Buenos Aires, Florencio Varela.

Ha publicado cuentos y notas en revistas, en especial Revista Mestiza y Devenir111. Escribe relatos de realismo mágico, diluyendo personajes históricos con realidades imposibles.

Su cuento “*Desterrado por el sol*” fue elegido en la *VII Convocatoria de la Revista Nefelismos* (Caracas, Venezuela, 2024).

Estudia licenciatura en Gestión Ambiental en la Universidad Nacional Arturo Jauretche.

